Isabel González

Nos queda lo mejor

PÁGINAS DE ESPUMA

Isabel González

Nos queda lo mejor

Isabel González, Nos queda lo mejor

Primera edición digital: octubre de 2022

ISBN epub: 978-84-8393-688-7

© Isabel González, 2022

© De la fotografía de cubierta: Marc Sommer, 2022

© De esta portada, maqueta y edición: Editorial Páginas de Espuma, S. L., 2022

Colección Voces / Literatura 330

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del copyright.

Nuestro fondo editorial en www.paginasdeespuma.com

Editorial Páginas de Espuma

Madera 3, 1.º izquierda

28004 Madrid

Teléfono: 91 522 72 51

Correo electrónico: info@paginasdeespuma.com

A mi madre y a mi hermana.

Imposible sin ellas.

Una costumbre es más intensa que un amor.

Violette Leduc

La mujer del zorrito

Verano

Junio

Frenó, volvió a frenar

Frenó, volvió a frenar y sucedió ahí delante. A un metro del coche. Un águila bajó del cielo, atrapó una culebra y se la llevó colgada en las garras. El águila era grande de cerca y pequeña de lejos. Acaecen reflexiones de este tipo en sucesos de este tipo. Provienen de la ignorancia. Y qué. La ignorancia es humana. De lo azul a lo negro y de lo negro al cielo. Ya está. El águila cazó una culebra y el asfalto ni se inmutó. Las garras no erizaron la brea. El serpenteo no onduló el trazado. La carretera permaneció recta, dócil, con ella en su coche, con el silencio. Nines volvió a arrancar el motor. Debía acomodar el velocímetro a su pulso. A su nuevo ritmo en aquel paisaje. Calma a tutiplén y la sensación bienhechora de habitar un mundo sencillo. Hasta que una culebra vuela. ¿Su coche? El único en el páramo. Aceleró. Velocidad y pulso ajustados, Nines comenzó a reconstruir lo visto bajo una premisa esencial: acallar la voz de Félix Rodríguez de la Fuente. En cuanto aparecía un animal, se le enchufaba la infancia, la tele, y en la tele: «El águila culebrera ha caído sobre la gran culebra y todo parece indicar que su suerte va a estar en peligro. El ofidio constrictor agarra un ala del águila, pero el águila se las arregla golpeándolo con las alas, machacándole la cabeza». (No. No ha sido así, Félix). Lo apagó. Ella acababa de ser testigo y ella quería la verdad. La suya. Es tan difícil. Ciento veinte por hora y la verdad aún va más rápido. Ciento treinta. Cambió de marcha. Afiló la mirada. Había culebras por esa zona y sabía distinguirlas en la distancia. Les cedía el paso, las sorteaba. Buenos días, culebra. Buenas tardes. Nunca se había topado con un águila. Nunca. Bajó la ventanilla, sacó la cabeza y aulló para celebrarlo.

–¡Yiuhúuuuu!

La volvió a meter. El sol aplastaba. El sol, en aquel páramo, la tomaba con todo aquello que pretendiera alzarse. Velaba por la

llanura, por el silencio. Las vistas desde lo alto debían de ser magníficas. Homogéneas. «Buf, se aburrirán también allá arriba, así les doy marcha –pensó Nines e imaginó un círculo de rapaces examinándola con hambre e instinto–. Como a una forasterita en la verbena de un pueblo. Hermosa, que los buitres te miren queda ya más lejos que Marte. Entonces que el planeta se estrelle. El águila». Apretó de nuevo el acelerador y apretó la memoria reciente. «La verdad, Nines. Vamos a por la verdad. ¿Qué puedes extraer de lo visto? No demasiado. La percepción fugaz de una culebra y la percepción aún más fugaz de un águila. Sigue. ¿Qué viste? Un desenfoque de plumas. Sigue. Un reflejo arcoíris. Sigue, todavía no basta, se precisa algo tangible, un registro más íntimo, olfativo, ocular, sonoro. Blink. Más grave. Blank. Más oscuro. Blonk. ¡Eso es! Sonó blonk cuando el águila enganchó a la culebra y también se oyó un suspiro». De ella. Aunque quizá no fue en ese instante sino un segundo más tarde. Medio segundo. Declina la levedad en el manejo de lo corpóreo y hasta la destreza del águila exige su dosis. De impacto. De prisa. La rapaz cae sobre la culebra, la culebra es aprisionada y ambas acciones se funden en una, pero son dos. Distintas. Pronto serán tres: aplastamiento, amarre y elevación, con un mismo efecto: compresión del aire: suspiro de Nines quieta en el coche. Mirando. «El águila remontó el vuelo a cámara lenta y al ascender, la culebra que llevaba en las garras soltó un coletazo al capó. ¡Blonk!, sonó. ¿Pedía auxilio? ¿Alertaba al resto de ofidios? Los animales suelen hacer estas cosas. Seguro que ha dejado una muesca en la chapa». Nines recreó la llamada al mecánico. «Hola. ¿Talleres El Pistón? Mire, una culebra ha golpeado mi capó con la cola y querría saber cuánto cuesta. El capó, sí. Con la cola, sí. Muy gracioso. No, no es lo habitual. No pasa todos los días. Las culebras no vuelan, en efecto, gracias por la información». Abrió mucho los ojos.

En mitad

de la

calzada,

ahora,

una oveja.

Dio un volantazo, rebasó el arcén y se metió en un campo de tormos. De pezuñas en vez de ruedas. El coche brincaba, zangoloteaba. El cinturón sujetaba lo que sujeta, pero la cabeza bailaba, las rodillas impactaban contra el volante, del bolso, de la guantera, de las puertas brotaban facturas, envolturas de chicle, monedas, botellines de agua, cepillo de dientes, cepillo de pelo, cepillo de perro. ¿Había llegado a tener perro? Encalló en el arcén y esa nube gris que envuelve desiertos, recuerdos y otros espectáculos sustrajo la visión del entorno. Quietud. El siseo de una fuga o de un bicho. Tiempo inconexo que sucede a los accidentes. Una silueta atravesó la polvareda, se acercó al coche y adquirió forma. De payaso.

–¿Cómo están ustedes? –dijo.

–Voy sola y veo payasos.

–Bien. ¿Puede salir?

–Creo que sí.

Nines se encaramó a la ventanilla y asomó el tercio superior. El inferior se resistió. Se atascó en el culo.

–Tire de mí, por favor.

El payaso le aprisionó las muñecas, la atrajo hacia sí e intentó desincrustarla sin éxito. De las muñecas pasó a los antebrazos y de los antebrazos a las axilas. Necesitaba un buen asidero.

–¿Me permite?

Insertó las manos en las hendiduras calientes y volvió a tirar de ella: la fofa en apuros. La Fofa del payaso Fofó: el payaso de la tele con sus hermanos Gabi, Miliki, Fofito y Fofete. ¿Fofete? ¿Había algún Fofete? Acaecen reflexiones de este tipo en sucesos de este tipo. Imposible salir.

–¿Y si empezamos de cero? Vuelva a sentarse –dijo el payaso.

La ayudó a reclinarse, extrajo una toalla de entre los trastos, la abullonó y se la colocó de almohada.

–¿Le duele algo?

–Tu oveja me duele –contestó Nines.

Comenzaba a despabilarse. A mostrar arrogancia, a ejecutar estrategias. La posesión de un recurso innombrable capaz siempre de ponerla a salvo. Bote hinchable en el desierto. Bien. Cualquier cosa vale si estás sola y herida. Si tu existencia orbita alrededor de una nariz roja en vez de sirenas. Ambulancias, bomberos: nada de eso por ahí. Se dejó recostar y en cuanto el payaso retiró las manos, se enderezó de nuevo y empezó a buscar el móvil.

–No debería moverse –dijo él.

Calló rápido. Aunque iba vestido del bobo, actuaba como el payaso listo, como el soso. Como el dueño del frac y del sentido común.

Cómo iba Nines a estarse quieta.

Entre la maraña de objetos tirados por el coche había un vibrador, una batidora y usaba ambas cosas para lo mismo: apaciguar al destino. No tan al fondo como ella pensaba trepidaba un deseo de rutina, de hijos, de compartir sofá largas horas sin tener que hablar ni bajarse los pantalones. Vida de sala de espera. Y dormir juntos luego, cogidos de la mano. Alimento y bienestar. Batidora y vibrador. Los dos cacharros permanecían intactos en el interior de sus cajas. Abolladas. Nines levantó la cabeza y se golpeó con la tapa de la guantera. No había encontrado el móvil, pero sonrió al payaso. Agarró una visera con el logotipo de una comadreja ahorcada y se la encajó decidida porque eso era, exactamente, lo que andaba buscando: merchandising de una empresa de desinfección de alimañas.

–Si me da el sol me salen geranios. Granos –dijo.

El payaso, que ya se había quitado la nariz de goma, se quitó también el bombín, el pelucón naranja y la cosa empezó a ir a mejor. A cuarentón con pelo. Una cabellera gris si bien no profusa, bien gestionada, que se alisó hacia detrás de una sola barrida. Él no se peinaba. Él activaba la circulación sanguínea. Se golpeó la frente

con las dos manos y deslizó el impacto por ambos flancos del cráneo hacia la nuca. Una horquilla cayó al suelo, la recogió, hurgó con ella en la cerradura del coche y la puerta delantera cedió.

–Vamos.

Tendió una mano a Nines, pero ella evadió el contacto. Buscó otro punto de apoyo. El canto de la puerta. Insuficiente.

–¡Mi rodilla! –gimió.

–Tenga cuidado –dijo el payaso–. Agárrese fuerte a mí.

–María.

–¿Cómo?

–Nada, una canción. Que esta noche es la más fría.

–¿Qué?

–Nada, Enrique. Enrique Urquijo.

Nines trató de incorporarse de nuevo.

Dolía.

–¡Buff!

Se dejó caer, definitivamente, en brazos de ese payaso con un disfraz y una sospecha: el accidente había provocado en ella alguna conmoción cerebral, alguna disonancia. «Qué listo eres, payasito, qué listo. Y si quieres saber más, pisa la cáscara de plátano. Písala y verás. Descubrirás el pánico, la velocidad, los suelos encerados, las ovejas interpuestas y una cantidad nada precisa de líquido de frenos en los frenos. Hay causas y efectos y no se suceden. El caos se quedó. El caos es el origen, el motor, la sangre escondida y el final de todas las cosas. El lugar al que vamos volviendo».

El cuerpo.

La tierra.

Un payaso en quien ella descargaba el setenta por ciento de peso y el treinta de confianza, mientras que él la transportaba con el setenta por ciento de confianza y el treinta de cuestiones indefinidas. Avanzaban mejilla contra mejilla, pero el maquillaje circense impedía a Nines cartografiarle el rostro. «Rueda de reconocimiento. Hay siete individuos con la cara lavada tras el cristal. ¿Lo reconoce? Imposible, señor agente. Píntemelos de payaso». El calor derretía la pintura y Nines recabó en los ojos de su porteador. Dos chiribitas dentro de dos estrellas que la licuación había transformado en borrones, nebulosas, supernovas. El móvil la hubiera remitido al fenómeno galáctico exacto y a la gran pregunta: ¿Se pintaba los ojos Fofó, el payaso de la tele? «¡Añiles! Ojos añiles. Relucientes. Milenarios. Eso es. He aquí el dato preciso. El registro sensorial específico».

«Se defienden duramente las fuertes culebras mediterráneas. Después, los movimientos del ofidio son ya tórpidos, prácticamente carecen de dirección. Que se sepa, las águilas culebreras siempre han vencido en sus enfrentamientos con las culebras. Parece que su problema estriba más en tragarse las presas que en matarlas».

(Cállate, Félix, haz el favor).

–¿Has visto alguna vez un águila cazando culebras? En directo, quiero decir. Yo sí. Hace nada. Apareció un águila y ¡zas! Enganchó a la culebra, se la llevó volando, ¿y sabes qué? Que la culebra, la tonta de ella, siguió serpenteando en el aire con su colita. Dibujaba letras. Sin sentido: una efle, una rurbe, una merkel. ¡Merkel!, la canciller. –Rio–. Y después la oveja. Tu oveja. Casi me mata, pero tranquilo, no voy a denunciarte. ¿Cuánto vale una oveja? Valía. Disculpa. Estarás afectado.

Nines intentó girar la cabeza hacia el lugar del accidente, pero una descarga la sacudió. Cuello bloqueado. Atravesaron un cartel mudo y accedieron a una nada concreta que en nada difería de la nada general –buen cartel–, salvo por un banco de forja. Una cuña bajo una pata le otorgaba estabilidad, la posibilidad de seguir siendo.

–Cuidado con la herrumbre –dijo el payaso.

Descargó a Nines en el asiento y respiró hondo. Colocó los brazos en jarras, los abrió, los volvió a cerrar, giró la cintura a derecha y a izquierda, se inclinó adelante y atrás, resopló, sacó un móvil del bolsillo.

–Toma.

–¿Lo tenías tú?

–…

–Me he vuelto loca buscándolo. En el coche.

–No sabía que lo buscabas. Además no estaba en el coche.

–¿Dónde estaba?

–En mi bolsillo. ¿No acabas de verlo?

–Payaso y mago. Qué suerte tengo.

–Pues sí. Porque no se ha roto. Brillaba entre las zarzas, metí la mano y lo saqué. Le quité el polvo. La rodilla. ¿Cómo va?

–Va. –Nines reparó en las manos del payaso. En los rasguños.

–Ahora vuelvo –dijo él.

El que había hurgado entre espinos por ella.

«Y aquí está el quid de la cuestión. En cómo un águila mete en el buche, palpitante, móvil, con poderes constrictores, a una culebra de cerca de dos metros de longitud».

(Félix, en serio. Píllate unos prismáticos y déjame en paz).

–¿Te llamabas? –preguntó Nines.

Pero él no la oyó. El payaso había echado a andar y ella hablaba demasiado bajo. Demasiado tarde. Imposible hacer cálculos en esa planicie. No había referentes o si los había, tenía que aprenderlos de nuevo. Aprender a distinguir los matojos de los hierbajos, los terrones de las areniscas, aquí una lagartija

momificada, allá una huella reseca. La luz distorsionaba los parámetros. Las sombras negras agujereaban el suelo. Tiesa de cuello y rodilla, Nines rotó en el banco como si llevara un chaleco rígido de cuello a cintura y localizó al payaso, que se movía con desparpajo por esa nada. Camisola roja, larga y estrecha. Ridícula. Había también una nevera, un generador y la caseta donde acababa de entrar. Techo de uralita, pared de tablones y media columna de mármol a la entrada, con una maceta con flores. De plástico. Desteñidas. Al lado, un calendario roto, un barreño mellado y un trozo de espejo ejercían a medias su oficio y bastaba. Encajado en un listón, cuanto un hombre necesita: peine, cuchillo y tijeras. Límites afilados en distinta magnitud. Dispuestos.

Cayó la cortina en la puerta y Nines perdió de vista al payaso, cerró los ojos, descansó un instante de la acidez lumínica y volvió a abrirlos. Debía apresurarse. El cuello la machacaba, la rodilla. Se sobrepuso y alzó el móvil con energía, lo cambió de mano, lo inclinó, lo volvió a inclinar, agitó los brazos en varios ángulos hacia el universo. Si no lograba establecer cobertura que la vieran al menos saludar desde lejos. «Mira qué mujer tan maja», se dirían, y acudirían corriendo a buscarla. Los sueños están hechos de esto ¿no?, de errores de interpretación. Y de la posibilidad de expandirse. En el éter. Neumáticos semienterrados acordonaba ese erial en el interior de un erial más grande y la parcelación del vacío perturbó a Nines. ¿Se puede repartir el vacío? ¿A quién pertenece este vacío? ¿Y este otro? Parece una broma, pero siempre aparece algún dueño. Siempre. «El sentido de propiedad antecede al objeto», pensó. Al fin y al cabo era una mujer de negocios.

Bajó el móvil. No había manera de conectar. Se recolocó la visera-comadreja y orientó su postura hacia el lugar del accidente. «Vamos a por la verdad, Nines. Examinemos el estado del vehículo y el de la oveja. Apostemos al mejor recipiente de culpa y elaboremos una buena historia. Una que acepte nuestro seguro. ¿Tendrá seguro la oveja? Ahí está la pobre. Yerta sobre el asfalto. Quieta. Dos inmóviles: la oveja y yo. Y la oveja: entera, blanca, sin despachurrar, sin rastro de sangre. Impoluta como la recreación de una ofrenda donde en realidad sí que la hubo. La muerte engrandece a los muertos. Da igual lo que hayamos sido. Por primera vez en la vida estamos haciendo, exactamente, lo que de

nosotros se espera: nada».

Los pulgares de Nines, que no habían dejado de picotear el móvil, recibieron su fruto. Respondieron.

–¿Que dónde estoy? Catorce. Kilómetro catorce –recordó una señal–. Sola, sí. Bueno, con un payaso y una oveja. Herida. Mucho. La oveja no. La oveja muerta. Yo viva. El payaso tampoco. –Empezaba a ofuscarse. Interferencias–. ¡Escuchen! O vienen o me muero de aquí a veinte minutos.

Adiós cobertura.

Rabia.

Móvil al suelo, móvil roto.

–No te preocupes. No te vas a morir –habló el payaso.

La sobresaltó. Había llegado con enorme sigilo.

–No, pero siempre es bueno dar un plazo –respondió Nines.

–Vendrán pronto. Seguro. Toma, bebe. Tienes que hidratarte.

El payaso le ofreció un vaso de agua del cubo que llevaba en la mano.

–No tengo sed. ¿Tienes tú móvil? –dijo ella.

–No. Sed sí –contestó el payaso.

Bebió directamente del cubo y solo entonces ella aceptó.

–Gracias –dijo.

Y había echado de menos decirlo:

–Gracias.

«El águila se agacha, ingiere. Los poderosos músculos de su esófago, su capacidad increíble para tragar algo vivo, que se defiende, que no quiere entrar en el buche nos están asombrando tanto como a ustedes mismos».

(¡Qué pesado eres, Félix! Te apago).

El payaso se remangó y de la chillona camiseta emergieron unos bíceps nada cómicos. Sin tatuajes. Pálidos como los rostros de dos princesas. El vello oscuro de los antebrazos establecía una frontera muy nítida en el codo. Tomillo. Silencio. La brisa le erizó los pezones húmedos bajo la tela roja y Nines pensó en canicas, en insalvables colisiones. Arrodillado ante ella, él hacía tiras con una sábana y la sábana rugía al rasgarse. Buena fibra. Tejido bueno. Cuesta encontrar de estos. De los que rugen. De los que hablan poco y hacen mucho. Cero en formalidad. Vas a darles la mano y te encasquetan una lechuga porque cuánta miseria una mano vacía. No las suyas. Las manos del payaso, duras y elásticas, rasgaban una sábana y podían entrar por donde fuera. Por los espinos. A por su móvil. El contorno estelar le había enfurruñado por completo los ojos y el halo oscuro acentuaba su color añil. Incisivo. Diamantino. Un tuareg, un bereber. «No te equivoques, Nines. Calma. Permanece atenta al contraste. La parquedad de la España profunda no convierte a Fofós en mercaderes de seda».

–¿Cuánto vale tu oveja?

El payaso levantó la cabeza y miró a Nines sin hablar. Rasgó otra tira. Ella dio un respingo. No por la tela.

–¡Date la vuelta! ¡Se ha movido! –dijo.

Con la sábana entre las manos, sin prisa, el payaso echó un vistazo y atisbó coche y oveja en el mismo lugar donde los habían dejado. Ella insistió.

–¡Te lo juro! ¡Acaba de levantar una pata y también el cuello! Un poco. Quería bramar, bailar, balar. Lo que hagan las ovejas. ¡Está viva!

Las palabras de Nines emergían reventadas.

El payaso comenzó a vendarle la rodilla.

–La oveja está muerta. Muy muerta. La examiné en cuanto la atropellaste.

–¡Yo no la atropellé! ¿Vale? La dejaste suelta y casi me mata –dijo Nines e intentó erguirse. Se apoyó en el respaldo del banco.

–Siéntate, haz el favor. Hay que sujetar la articulación. La ambulancia llegará pronto y empiezas a marearte. Ves cosas. Por el calor.

El payaso empapó una de las tiras con agua y la escurrió.

–Póntela en la frente –le dijo.

–Ve donde la oveja, te lo ruego. Se ha movido. Está viva.

–¿Si voy te sientas y te la pones?

Nines cogió el retal empapado.

Y el payaso echó a andar hacia el animal bajo la supervisión de una mujer que en vez de refrescarse la frente, se refrescaba una visera. Ella lanzó un nuevo grito.

–¿Ves? ¿Ves lo que te he dicho? –se puso en pie sin pensar.

–¡Joder! –dijo él.

El animal acababa de moverse y el payaso corrió hacia allí, se arrodilló ante el cuerpo tendido, apoyó la oreja en su tórax y constató que algo sucedía ahí dentro. Corrigió levemente la posición cubito lateral de la oveja, gateó hasta su cabeza, le apretó el morro con las dos manos y se metió el hocico en la boca. Cinco soplidos, diez compresiones cardiacas. Cinco soplidos, diez compresiones.

–¡Vamos! ¡Vamos! –lo animaba Nines de lejos.

La oveja se empeñaba en abrir los ojos y cuando los párpados caían, él la insuflaba de nuevo. Le masajeaba el corazón, le devolvía el aliento. Nines echó a andar hacia la resurrección.

El payaso la vio acercarse. Andar cuando no debía.

–¿Se puede saber qué…? Tú verás. –Se rindió. La oveja que tenía entre manos empezó a temblar. A sufrir espasmos. Su cuerpo

se contraía y se dilataba–. ¿Ves? ¿Ves lo que pasa por tocarla? ¡Ni morir en paz la hemos dejado!

Nines se detuvo, se quedó rígida a mitad de trayecto y el payaso la sobrepasó en dirección contraria, entró en la caseta, sacó un rifle y volvió a superarla de camino a la oveja.

–¿Qué haces? ¿Qué vas a hacer con tu oveja?

–No-es-mi-oveja. –Se dio la vuelta y miró a Nines–. Te lo repito. Es tu oveja. ¡La oveja que tú atropellaste! –Sostenía la escopeta en posición de tiro.

«El águila, casi terminada la ingestión de la presa, se postra ante el sol».

(¡Cállate de una vez, Félix! Cállate y déjame tranquila porque vamos a por la verdad. Vamos a que más que a tomillo, huele a petróleo y a despojos, a la goma quemada del accidente y a los residuos orgánicos de las naves ganaderas que salpican la zona. Naves feas, grandes, hacinamientos ilógicos en semejante extensión de terreno. Un centenar de placas solares brillan por oriente. Un parque eólico se intuye en la distancia y la vegetación esporádica, de un verde parco, remite a los soldados del campo de tiro justo ahí al lado. Las maniobras militares provocan incendios esporádicos y algunos vecinos se quejan, se marchan, pero otros se quedan y hasta hay muchos que vienen aquí. A currar. A mal currar. De ganaderos, de estercoleros, de mamporreros, de matarifes. A veces llegan turistas y el sutil desnivel de esta tierra los decepciona porque esperaban un desierto mejor. Más liso. Que una mano gigante aplane la abombada colcha de la realidad: eso quieren. El paisaje agreste tan solo convence a los vertederos y a las parideras. A los deudores del sol y del viento. A quienes deben ganarse la vida con esto. Con la maldita nada).

–Tienes que apuntar al centro. Justo sobre los ojos y con el cañón hacia abajo, hacia la espina dorsal –dijo Nines.

–¿Cómo lo sabes?

–¿Te he preguntado yo por qué vas de payaso?

Él inclinó el rifle hacia la oveja.

–No tan cerca. Si la tocas estalla. Aleja el cañón unos diez centímetros.

–Sé cómo se hace.

–Necesito que no sufra –dijo Nines–. La bala debe atravesar primero la corteza cerebral para dejarla insensible.

–Hazlo tú entonces. Toma.

El payaso ofreció el rifle a Nines.

–No. Yo no sé.

–Ah. De acuerdo. Que lo tuyo es blablablá.

–Exacto. Blablablá y no vas a hacerlo bien con la oveja tumbada. Su cabeza no está frontal. Un ligero error y el proyectil saldrá por el cuello. Échame una mano.

Nines tomó a la oveja por las ancas y empezó a levantarla desde la parte trasera. La adrenalina le aplacaba el dolor de rodilla, la tirantez del cuello. El payaso se colgó la escopeta al hombro y se hizo cargo de la parte delantera. La oveja logró arrodillarse. Levantó una pata. La otra.

–Bien, ovejita. Muy bien. Ya está. Dispara –dijo Nines.

–Ni de coña contigo ahí detrás.

–Si me quito, la oveja se cae. ¿No sabes disparar o qué?

–¿Y tú? ¿No sabes tú apartarte?

En esas andaban cuando la oveja, por propia iniciativa, adquirió estabilidad. Se sostuvo sola y Nines y el payaso la soltaron. Se alejaron un poco. Le concedieron espacio. La oveja abrió los ojos, emitió un balido largo, sacudió la cabeza y volvió a balar, esta vez con los ojos cerrados, reconcentrada en sí misma, en su vientre. Algo se movía ahí dentro.

–¿Pueden parir de pie? –preguntó ella.

–No lo sé –respondió él.

«Como en una remota, ancestral, mítica y misteriosa oración, el águila va a levantar una y otra vez la cabeza al sol. Qué quiere decirle el águila al sol. Un científico sería más prosaico, queridos amigos. Nos diría que adopta esa postura para no asfixiarse, para liberar los conductos por los que penetra el aire en sus pulmones de la enorme presión que está ejerciendo la culebra todavía viva en el interior de su cuerpo».

(El águila no. La oveja, Félix. La oveja).

Era la oveja la que lanzaba miradas al sol y emitía balidos guturales. Cortos. Seccionados. Sin eco. Como si todo le diera lo mismo.

–¡Bah! ¡Bah! ¡Bah!

Una masa densa y apelmazada cayó al suelo. De perro en vez de bovino por la ingestión de pesticidas. La oveja abrió los ojos redondos, parpadeó varias veces y arrancó a andar por la llanura. Cojeaba. Hizo escala en el cubo de agua, bebió un poco y se volvió a mirarlos. No decía nada, pero movía el hocico y parecía agradecerles el accidente, el impacto que había impulsado los residuos fuera.

Nines y el payaso la vieron irse. Cada vez más ágil. Más pequeña. Una de esas viejas películas donde el protagonista se aleja y se encoge hasta que ya no lo vemos.

La perdieron.

Miraron al suelo.

–¿Es una mierda o el corazón?

–Será una mierda –contestó ella–. No se puede vivir sin corazón.

–…

–Oye.

–¿Qué?

–¿Por qué vas de payaso?

–¿Quién va de payaso?

Hacía rato que el hombre no llevaba bombín ni peluca ni nariz de goma. Se había quitado la camisola roja y su camiseta interior blanca, de tirantes, con esos pantalones holgados, le daban un aire de labrador, de partisano, de pandillero, de casteller y de aizkolari, de bailarín y de soldador, de padre exhausto de tanto acunar; frutero bajo la bata, jardinero a tiempo parcial, mecánico y equilibrista. Volvió a echarse el pelo hacia atrás y ahí estaban: las mismas entradas que Félix Rodríguez de la Fuente, que Enrique Urquijo, que Alfonso Aragón «Fofó». Acaecen revelaciones de este tipo en sucesos de este tipo. Y qué. Provienen de esa pantalla, del vacío de allí aquí, de la ignorancia, de la incertidumbre.

«Sin embargo, nos encanta pensar que es una oración al dios sol».

(Ahí le has «dao», Félix).

Julio

El círculo

Se reunían.

Se trataba de un concurso de tristezas. De amarguras. De un show de supervivencia si hubiera que venderlo a algún sitio. Hablaban de garbanzos y de esquelas, la lealtad puntuaba alto, despreciaban la muerte, elogiaban la resignación y algún detergente, e interrumpían la charla. «Voy a nadar», decían. Era verano y las señoras se reunían en un círculo perfecto junto a la piscina olímpica. La grande. Se sentaban en sillas plegables. Que todas se vieran la cara.

Daban miedo: brujas de más de sesenta.

Daban paz: ellas conjuraban los males.

Más. Mucho más. Estas señoras poseían tecnología punta desde hacía siglos. Traían sus cosas en neveras portátiles, en termos estampados, en envases al vacío. Concursaban.

–¡Menuda noche y menudo bizcocho!

–¿No has dormido?

–Mi suegro. Está un poco ya sabéis.

La señora giró su dedo en la sien y el círculo de mujeres emuló el gesto. Se atornilló la cabeza. El estómago si el hombre hubiera sufrido de estómago. Tal era la sintonía. La emulación.

–De dormir, cero. Le dio por cantar a las dos de la madrugada, así que lo cogí, me lo llevé a la cocina y enchufé el horno. Tomad –dijo la señora.

Abrió un táper y sacó un bizcocho. Abrió una caja, extrajo un cuchillo de plata, cortó el pastel y empezó a repartir con la alegría manifiesta de los ritos que se han convertido en costumbre. El rito de comer juntas, al aire libre, y cuantos más comamos mejor. Cuanto más. Ayer de carencias, presente con rasmia. Con ganas. Mientras el pueblo entero dormía, la concursante número uno había elaborado un pastel a la luz de la luna. Prendió la bombilla más tenue de la cocina, combinó los ingredientes, batió la mezcla, la puso a hornear y el bizcocho ascendió bajo los cánticos de un hombre viejo al límite de la razón y de la butaca. «Siéntese bien o se caerá», recolocaba al anciano, daba vueltas a la mezcla, recolocaba al anciano, encendía el horno.

El bizcocho pasaba de mano en mano y aunque la mayoría cogía un trozo, otras temían masticar algo viejo, flácido, un trocito de suegro que se desprendió y cayó en el molde, una pasa, un temor a volverse pasado.

–Está riquísimo. ¿No quieres?

–Ya me gustaría, pero ¿y poder? –dijo la concursante número dos.

–Igual te hace bien.

–No. Con esto ya no hay remedio –insistió.

Sonrió de medio lado, tragó saliva y las demás tragaron saliva con ella. Nadie expresaba en grupo lo que todas sabían de una en una, y la concursante número dos agradeció esa discreción con su propio silencio. Tan solo de esta manera, fingiendo como se finge, podía seguir implicada de lleno en la tarea de estar viva. Un mal se la comía por dentro, había perdido diez quilos y a ninguna le sentaba el bañador como a ella.

–Estás estupenda, chica. Mira yo –dijo la concursante número tres.

Retiró la toalla que le cubría las rodillas y aparecieron sus dos piernas. Dos extremidades hinchadas por uno de esos magos que inflan globos y salen camellos. Ñi, ñi, ñi, gime la goma cuando la

retuercen. Toma, bonita, tus dos piernas bulbosas. El buen trabajo se distinguía en los detalles, en los dedos de los pies, diez burbujas tensas y diminutas anudadas con inquina. La gama cromática resultaba también excelente. La sutil variación del azul al malva tintaba esas piernas como ramos de lilas.

–Voy a nadar –dijo–. Es bueno para la circulación.

La ayudaron a levantarse y la acompañaron al agua porque el círculo de señoras consistía en eso, en un círculo. Se contenían. Se continuaban. Estaban unas en otras. Abuelas, madres, hijas, esposas, socias de oenegés, de una combinación de la Bonoloto y de un club de lectura. «Yo es que si leo me duermo». «Yo es que leo cuando no me duermo». Libros y sueño en estrecha relación. Siempre.

El equipo de natación compasiva se dispuso a la inmersión. Las señoras dilataron sus gorros de baño, insertaron la cabeza en ellos y el látex les tensó la piel un segundo, el instante previo a que el tejido se amoldara por completo y volviera a liberar las arrugas. La lisura pasa. Envejecían porque se envejece. Se duchaban porque había que ducharse. No había más argumentos. Ellas venían limpias de casa, de los mundos antiguos donde no existe el tiempo sino un lugar. Comenzaron a bajar la escalerilla de la piscina despacio. Tan despacio que debieron de morir y nacer estrellas. La urdimbre de las sillas plegables que acababan de dejar se había grabado en sus nalgas. El mundo se adhería a ellas sin querer y ellas lo transportaban como si nada.

Del uno al diez, el socorrista examinó el despliegue de señoras y calibró emergencia cinco. Debía socorrerlas, no debía apartar la vista, pero las observaba escéptico, escurridizo, como se ve una peli de miedo muy mala. Tan mala que eso nunca le va a pasar a él y sin embargo, no puede dejar de mirar. Era tan joven que aún creía en la belleza ensimismada, sin contrastarla con la vejez.

Las señoras bajaban la escalerilla de una en una, y cuando el agua les alcanzaba la tripa, soltaban el pasamanos y se lanzaban con los ojos cerrados. Con una sola premisa: no meter la cabeza. Debería existir esa modalidad. Libre, espalda, braza, mariposa y no meter la cabeza. Braceaban, se alejaban del borde rápido y abrían espacio a la siguiente, dispuesta ya al lanzamiento. Cada una a su

marcha. Natación asincrónica, observación exhaustiva de la otra, labor dispar en cadena. Podrían conquistar territorios mediante esta técnica. Dominaban el sistema acuático, el mejunje, la improvisación. Cualquier punto de su existencia resultaba fin y principio, se agotaba y se fundía con el siguiente. Fogones y platos. Platos y agua. Agua y suelo. Suelo y brillo. Brillo y fogones. La vida: un buen rancho. Caldo con cosas.

Solían nadar de dos en dos o de tres en tres, sin prisa y sin descanso. Formaban pequeños grupos, y las que optaban por expediciones en solitario tampoco se apresuraban. Escaso imperio cabría fundar, en verdad, a las orillas de la piscina de un pueblo. Su conquista era otra: la del tiempo. La de poder perder el tiempo por fin. Ir y venir para nada, para nadie. Nadar. Nadear. Habían aprendido a nadear muy tarde y ya heridas, cojas, viudas. Con reúma y con cataratas. Con muertos que tiraban de sus pies hacia el fondo. Pataleaban lo justo por ello. Batían récords de demora en completar un largo.

Fran entró en el recinto de la piscina municipal. Fran tenía quince años y detestaba atravesar el círculo de señoras de camino al vaso olímpico. Su nombre oficial era Francisca. Le pusieron Francisca cuando nació, pero todo el mundo usaba Fran, salvo las malditas señoras del círculo que la llamaban Paquita en honor a su abuela, una destacada miembra del corroncho que Fran no llegó a conocer. ¿Un largo de su abuela Paquita? Más de una hora. Nadie había batido esa marca. Legendaria, implacable, tenaz como ninguna hasta en palmarla. Todo hizo bien la mujer: nadó despacio, cuidó a sus padres, cuidó a sus hijos, compró barato y murió sin dar guerra a nadie.

«Debo ser veloz. Debo atravesar el círculo a toda pastilla o de lo contrario me atraparán. Me absorberán. Yo tengo quince años y ellas más de un millón si las sumas», pensaba Fran con acierto. Era obligatorio sumarlas para entender que las señoras conformaban un único ente, por mucho que en cada silla estuviera escrito tan solo un nombre: Marina, Yoli, Asunción. Fran era una línea afilada, no un círculo, y tenía un objetivo muy claro: ir de aquí allá. De la entrada a la piscina olímpica. Se detuvo ante la cascada del vaso infantil, se hizo una foto y la irradiación del agua le diluyó los

contornos del rostro. Se convirtió en fantasma. Un sueño: cruzar invisible el círculo de señoras. ¿Por qué demonios se colocaban ahí? ¿Por qué bloqueaban el único paso? Los ojos de las señoras pinchaban, sus cuchicheos se filtraban como aire ardiente por las heridas que ellas mismas acababan de abrir y avivaban el escozor. Cuando cruzaba el círculo, Fran intentaba cerrar los oídos, pero no se pueden cerrar los oídos. Aunque te cubras con la capucha, con las manos y con dignidad, lo que se dice fuera de ti lo oirás igual desde dentro. La caja torácica es una caja de resonancia porque ahí está el corazón. Fran echó de menos con rabia un día perfecto: un día de toros. La plaza estaba ahí mismo, junto a la piscina, y en las fiestas patronales, las señoras tenían tanto quehacer –borracheras, comilonas y vomitonas ajenas–, que no les daba tiempo a nadar. Esos días, esos gloriosos días de machotes y de hábitos primitivos, Fran volaba hasta la piscina y se lanzaba sin miramientos al agua. Agua limpia. Agua abierta. Nadie se cruzaba en su calle. Nadie interrumpía con trazados morosos. Avanzaba a crol y, cuando sacaba la cabeza, oía los vítores en la plaza. Los gritos de indignación si el animal no embestía. Las trompetas, los platillos, los cambios de tercio. Al toro nunca lo oía. Eso era triste.

Aquella no era tarde de toros. Fran entró en el círculo de señoras y se dispuso al escrutinio. Al exterminio ya no. Por pura supervivencia, había desarrollado una táctica defensiva que consistía en desmembrar las palabras que le dirigían y volver a unirlas sin ton ni son. El resultado era un murmullo incomprensible. Un idioma con el que no podían hacer daño, pero en el que los malditos Paquita resistían compactos. Como grumos.

–Paquita, carquito. ¿Ño quinos dalelgo Paquita?

No había manera de doblegar los Paquita y Fran empezaba a cansarse. Se dejó de tácticas.

–Dale un trozo a Paquita –dijo la concursante número tres.

–Hola, Paquita –dijo la dos.

–Paquita, cariño. ¿No quieres un poco? –habló la uno.

Cortó un trozo de bizcocho y se acercó a Fran.

–Muchas gracias –dijo Fran.

Estiró la mano y, en vez de agarrar el bizcocho, agarró el cuchillo de plata.

–¡Llamadme Fran! ¿Habéis oído? –Apuntó primero a la señora del bizcocho, y después giró como una manecilla. Señaló al resto–. Llamadme Fran porque mi nombre es Fran y porque si no me llamáis Fran, ¿sabéis qué pasará? Que un día tendré que sentarme aquí, en esta mierda de sillas. En este círculo gordo con mi culo gordo porque no habré hecho nada en la vida salvo poner el culo, limpiar culos y chupar culos. ¿Está claro?

–Lo que tú digas, Fran –dijo la número uno.

–Gracias, Marina –contestó Fran.

La reacción se produjo en cadena.

–Hola, Fran.

–Hola, Asunción.

–Hola, Fran.

–Hola, Yolanda.

–Hola, Fran.

–Hola, Isabel.

Apareció el socorrista.

–¿Algún problema, señoras?

Fran ocultó el cuchillo a la espalda.

–Ninguno, corazón. ¿Quieres un poco? –dijeron ellas.

El socorrista aceptó, dio un mordisco al pastel y regresó a su puesto.

Fran soltó el cuchillo y siguió su camino.

El cuchillo quedó clavado en la hierba.

Las señoras empezaron a recoger. Los restos de bizcocho en el recipiente de los bizcochos, las servilletas no usadas en la bolsa de servilletas no usadas, el café sobrante en el termo del café sobrante y el cuchillo de plata en la caja herrumbrosa de los cuchillos de plata que se han clavado en la tierra. Que han cumplido.

–Brujas –rezongó Fran en la distancia.

–Es como su abuela –murmuraron las señoras.

Sonreían.

Agosto

Hombres grandes

Los hombres grandes se han ido. ¿Todos? No. Aún queda uno: Asís. Metro noventa. Hijo del mejor amigo de mi padre. Cuarenta años, tres hermanos y hombre de ninguna otra mujer que de su madre y de la madre de su madre, las dos ya en el otro mundo. Goce el Altísimo de sus guisos. Asís las echa mucho de menos, pero no lo dice. Pertenece a los hombres fuertes, incansables, jabonosos: duros por fuera y blandos por dentro. No precisan coartada cuando es cuestión de honor o temperamento. Cuando es cuestión de llorar, quiebran algo con rabia y se ponen a repararlo luego. Asís entra en la casa de mis padres silbando, con una sandía de diez kilos bajo el brazo. La sandía ha crecido a lo bestia. Como los pavos del huerto. Enormes. Se debe de contagiar por el aire lo del tamaño. Me acaricio la tripa. Estoy embarazada. Asís entra. En la boca, siempre una anécdota.

–¿Sabéis qué es un tábano? Un cruce de murciélago y avispa porque pica como la avispa y muerde como el murciélago –dice.

El otro día fui a su huerto, a ver los pavos.

–Por aquí –me indicaba.

Yo iba detrás, había llovido y se me hundían los pies en el fango. «Cuanto más pesa una, más se hunde una», pensé. Y yo pesaba, pensaba: «Estoy preñada. En avanzado estado de preñación». ¡Dum! Pie embarrado hasta la rodilla. «Me voy a quedar plantada. Me convertiré en sandía». Dejé de lloriquear y miré de una vez al frente. A la ancha espalda de Asís, que caminaba firme. Sabía por dónde avanzar. Si eres grande, pero distingues las cualidades del barro no te hundes. El lugar donde pisar, el lugar donde no. Sabiduría telúrica que he perdido. Me fui del pueblo cuando era cría y ya ni idea de lo básico. «Esto se acaba», me digo.

«Esto no se acaba, no jodas». Me acaricio la tripa.

–Pavos. Huerto. Sandías –señaló Asís en tres movimientos. Desde lejos. No lograba alcanzar su ritmo–. ¿Todo bien? –preguntó.

Intuí su prisa. Debía ponerse a hacer cosas. Las cosas que hacen los hombres grandes: cortar leña, cortar cuellos, levantar sacos, rellenar orificios.

–¡Todo estupendo! –Alcé el pulgar.

–En la capital no verás de esto, no –me dijo.

Abrió los brazos, accedió a una caseta minúscula que le encajaba como un abrigo y ahí me quedé yo, sola, al aire libre, rezagada entre las mías: las pavas, que empezaron a rodearme. «Me han reconocido. Apartad. Apartad», agité las manos, pero se acercaron aún más. Cómo podían ser tan confiadas. Tan tontas. Cómo podían pensar que les echaba comida si era la primera vez que nos veíamos. Me avergonzaron. Me quedé quieta, enfurruñada y empezaron a dispersarse. Fliki, fliki, se alejaban. Tenían unas patas raquíticas, gomosas, casi invisibles. Parecían flotar sobre el barro, pero no volaban ni levitaban. Era algo hipnótico. Un vicio. Yo quería apartar la vista, pero ahí estaba: mirándolas: atenta al asco. A esos cuerpos hinchados por cuya parte delantera les subía otra pata, salvo que no era una pata sino un cuello por acabar en cabeza, una cabeza por acabar pico, un pico por acabar en gusano y un gusano porque, ¿qué es lo que hay tras los gusanos? Nada. Tras los gusanos no hay nada. La aberración empezaba a hacer de las suyas. Concentré mi energía en no desmayarme. «Suficiente –me dije–. Ya he visto todos los pavos que necesito ver en la vida y la vida hay que llenarla de armoniosas estampas. De atardeceres y amaneceres y no de seres sin apenas transición entre el esófago y el cerebro. Solo engrosan por el centro. Como una gaita. Fueron concebidos para engordar y nadie podrá modificar su destino. ¡Nadie!», me puse fatalista. Me acaricié la tripa. Fracaso absoluto. Quince minutos de huerto y ya no aguantaba. Sobre todo por el olor. Diosanto. Por ese olor a cuerpos inmundos y blandos. La humedad acidulaba la peste. El embarazo empujaba la náusea. «Si vomito, se lo comen», lo vi claro. Y también vi otras cosas. Que el moco de pavo existe, que tiene pelos y que les cuelga a un lado del

pico como otra lengua por fuera. Para colmo, los cuellos de los machos están plagados de tumores que no son tumores sino «inflamaciones rojizas eréctiles. Una maravillosa característica sexual secundaria», me enteré más tarde. Me hundí. Se acabó. Definitivamente, me había vuelto incapaz de apreciar la belleza oriunda. Busqué su nombre científico: carúnculas. Así se llaman los testículos del cuello. «Hombres grandes, por favor, agarradme de los tobillos, girad sobre vuestros pies y lanzadme fuera del huerto», rogué.

Apareció Asís. Llevaba un gran saco de pienso en el hombro y lo soltó nada más verme.

–¿Estás bien? No estás bien –dijo.

Se internó en el barrizal y me orientó hacia tierra firme.

–Ya está. Descansa. Te sientas un poquico en el saco y nos vamos en un pispás. –Empecé a sentarme–. ¡Espera!

Me quedé con el culo a media asta. Se inclinó debajo, abrió el saco, rellenó una escudilla con pienso y volvió a cerrarlo. La abultada tripa amenazaba con hacerme perder el equilibrio.

–Ahora sí –dijo.

Me senté y vi cómo alimentaba a los pavos, atrancaba la cerca, entraba al huerto, introducía las manos en unas matas asidas a cañas, desplegaba una bolsa y empezaba a meter en ella tomates. Despacio. Muy despacio. Seleccionaba su madurez. La cosa iba para rato. Le di la espalda y me tapé la nariz. No podía más con ese olor, pero tampoco quería que me viera así. Como una tiquismiquis. Como una señoritinga de la capital. Empecé a contar al revés. Si cuentas al revés acabas en cero, pero si cuentas hacia delante nunca se acaba y podría quedarme ahí por los siglos. La eternidad sentada en un saco.

–Para tu padre. –Asís me tendió la bolsa con los tomates.

–Gracias –le respondí con voz de pitufa. Me destapé la nariz–. Gracias.

Me ayudó a levantarme, y si alguien baraja la posibilidad de alguna tensión sexual entre nosotros se equivoca. Asís y yo no somos otra cosa que portavoces de la longeva amistad entre su padre y mi padre. Acatamos sus leyes, los concebimos con toga entre pilares de mármol, con güisqui en negociaciones donde el demonio apuesta y ganan ellos, y ahora que se hacen mayores empezamos a recoger el testigo. Asís le cría al suyo las sandías y los pavos. Y yo, al mío, un nieto. Me acaricié el tripón.

–Cómo crecen –comenté.

Asís contestó.

–Muy fácil. Si no tienen pienso comen moras, nueces y gusanos. Pequeñas piedras afiladas y tierra para hacer la digestión. Serpientes no muy grandes y bayas, cucarachas, renacuajos, lagartijas, granos de maíz y de trigo.

Cuando montamos en su coche, aún seguía enumerando: flores y caracoles, cáscaras de huevo y raíces, cactus. Yo me había referido a mi feto, él me respondía con sus pavos, pero lo dejé seguir. Resultaba poético y, sobre todo, había que salir de ahí cuanto antes. Arrancó el motor, nos alejamos y bajé la ventanilla.

–Olía mal, ¿verdad? –Puso mofa en la pregunta.

–Como aquí más o menos. –Puse mofa en la respuesta.

La mofa todavía me funcionaba.

…

–¡Pasa, Asís, pasa! –grita mi padre.

A mi padre le cuesta andar y está sentado en el salón con su primo Santos, mientras Asís permanece en el vestíbulo con su sandía de diez kilos. Los pies embarrados.

–¡Entra, Asís! –grita también mi madre. No le ha visto los pies.

Yo estoy en la cocina con ella, pero no de pinche sino de sparring. Ella nunca necesita ayuda. Lo que ella necesita es

desahogarse. Preparaba un tentempié sencillo y ahora, con Asís, debe hacer modificaciones. Añadir más embutido, más queso, más cosas, platos más grandes. Mi madre se enerva. Me pasa de golpe una lata de anchoas y el aceite se derrama. No me acaricio la tripa. La limpio y procedo a la extracción y disposición de los filetes en un plato. Los alineo con delicadeza. En cada lomito, un palillito.

–Qué lenta eres –me dice.

–Pero segura –contesto.

Arqueo la espalda y exhibo mi obscena tripa de embarazada tardía. Inflamo los carrillos. Camino como un pavo. Como una pava.

–¡No hagas eso!

En el fondo le hace gracia.

Tras las anchoas: el jamón, el vino y el pan. Las aceitunas. Las servilletas. Todo aquello que mi madre diga lo dispondré en la bandeja y accederemos al salón así, cargadas de ofrendas cual sacerdotisas en batica de flores. Disfruto de estos vestigios. Del antiguo y refinado placer de apartarme y convertirme así en portador, en arriera, en trajinante. De contemplar desde ahí el mundo. Representar un papel secundario y que ese papel, como un escudo, conserve indemne la esencia: el centro del pecado, la sangre, la duda.

Asís entra al salón y deja restos de barro. Lo miro con su enorme sandía y también él porta, arrea, trajina. En vez de bata de flores, una cuerda por cinturón. En vez de un segundo plano, un primero. Cargar un fruto de tal calibre y considerarlo anatómico.

Tomad, hombres grandes. Mirad qué rico lo que os traemos.

Despliego un pequeño mantel en la mesita auxiliar del salón y coloco la bandeja encima. Ahí están los tres. Mi padre y su primo Santos, sentados en el sofá, y Asís en pie, frente a ellos.

–¿Cómo estás? Te veo bien –le dice a mi padre.

–No tan bien como tu viejo, pero más guapo.

–Es que la guapura la repartió –contesta Asís.

–¡Qué ejemplar de hombre, eh Santos!

Mi padre se dirige a su primo. Un hombre de su misma edad y estatura. De los que crecieron en el campo y en la posguerra y crecieron poco. Por fuera. Por dentro a saber. Tiesos siempre. Aseados siempre. Bien afeitados. Asís le tiende la mano. Santos se levanta, la toma y la aprieta fuerte. Cada vez más. Establece un duelo en el que solo puede perder. La mueca de su cara conjuga risa y esfuerzo.

–Está hecho un toro tu primo, ¿eh? –dice Asís al cabo de un rato. Tampoco mucho.

Lo suelta y Santos sacude la mano abotagada. Feliz. Le brillan los ojos por el deleite de la fuerza.

–Esa lámpara del techo. ¿Cuánto te crees que pesa? ¡Pues la colgó él solito! –dice mi padre–. Cincuenta y siete kilos. De bronce. Hubo que instalar una viga de esquina a esquina, fijar la viga y después colgarla. ¡Y lo hizo todo este señor!

Santos asiente, sigue masajéandose la mano. Asís emite murmullos de aprobación y la lámpara no engaña. Es de bronce y pesa cuanto parece que pesa. Diez brazos repujados con adornos vegetales, sin ni siquiera un colgante que le otorgue levedad. Incluso el bulbo denso del anillo inferior subraya la contundencia. Intimida.

Mi padre y Santos observan la lámpara desde el sofá. Asís de tú a tú porque está en pie y a su altura.

–El cuchillo de la sandía –me susurra mi madre.

Salgo a buscarlo. Se lo entrego a Asís.

–Toma.

–Gracias. ¿Cómo va?

–Bien. –Me acaricio la tripa.

–¡Ya veréis qué buena! –dice Asís.

Aprieta la sandía contra su abdomen, inserta en ella esa especie de machete que le he traído, la abre y arranca la metamorfosis de lo tosco en delicado. Asís corta la sandía en tajadas finísimas, leves, simétricas. Con ese respeto hacia la comida de la gente que sabe de eso: de alimentar. No hay violencia, no hay dejadez sino un afán por extraer el mayor provecho. Por la equidad entre alimento y alimentado. Por mantener la belleza y la relevancia del fruto hasta su total destrucción. En mi familia, una peladura de manzana completa, helicoidal y transparente, encarna el modo correcto de pasar por este mundo.

–Son finísimas –dice mi madre.

Ha dejado de barrer el vestíbulo para asistir al espectáculo. El caldo de la sandía se escurre, empapa el suelo, pero ella no le otorga importancia. Ni a la humedad ni a que se anteponga la sandía a su aperitivo. Llegará su turno y si no llega da igual. Ella ya ha hecho lo que tenía que hacer, volverá a hacerlo y se encuentra en paz. Disfruta.

–Como hostias –dice Santos.

–De misas no sé mucho. Pero un hombre que convierte el agua en vino, ¿solo doce amigos? –responde Asís.

Asís corta y mi padre recibe y dispensa. El titán convierte en titán a quien toca.

–Venga. Deja eso y pruébala –le dice mi padre a mi madre.

Ella aparca la escoba, se sienta en una silla y le bailan los pies. Cuando recibe su trozo los mueve. Denota alegría y el agua sigue bajando. El agua se escurre por las bocas, por las tajadas, por mi entrepierna. Tengo un charco debajo. Un charquito. No estropea el suelo, no duele, pero sé que hay que hacer algo.

–Acabo de romper aguas –digo.

Mi madre se levanta de un salto, mi padre llama a algún sitio, el primo se atraganta y Asís se gira hacia mí y se golpea con la

lámpara. Fuerte. De bronce. Pierde el equilibrio, vacila, logra sentarse y la sandía cae al suelo. Se desgaja. Se desparrama.

–¡La sandía! –exclama. Se lleva la mano a la frente–. La lámpara. La pared. Se mueven.

La lámpara se balancea por el golpe. La pared no.

–¡Que nadie se mueva! –dice mi madre.

Trae dos toallas y le da una con hielo a Asís y otra a mí. Me limpio. Hay hebras rojas en mi muslo.

–Solo es el tapón del útero –trato de calmar el ambiente, pero consigo el efecto contrario.

–¡Quieto todo el mundo! –Cuelga mi padre el teléfono–. ¡Viene ya una ambulancia!

…

Mi madre viaja delante. En silencio mientras cavila cómo entregar al conductor la propina que mi padre le ha dado para él. Para que vaya deprisa. No encuentra la forma. No es su estilo.

–Toma. –Suelta los billetes en el salpicadero. Sin más.

–No hace falta, señora. Gracias. –El conductor percibe el agobio de mi madre, que recupera el dinero apurada y lo guarda en el bolso del parto, donde ha metido también parte del aperitivo–. Con oler lo que lleva ahí ya vuelo –añade.

Mi madre, resuelta, saca un trozo de tortilla y se lo da.

Todo en orden.

Asís y yo vamos detrás. Él en la camilla. Yo en el asiento reclinable de al lado.

–Se mueve –dice.

–Todo va a salir bien. –Lo cojo de la mano. Me acaricio la tripa.

Otoño

Septiembre

Nadie cumple años

Sí. Yo también cumplí años todos los años. O eso creí con canciones, tartas y velas. Con canciones, tartas y velas quién no se cree lo que le echen. Y lo que echan son años. Uno, dos, tres, cuatro. De uno en uno hasta cuarenta y ocho, cuarenta y nueve, cincuenta. Basta. Nadie envejece de convite en convite. Yo solo he cumplido años cuatro veces y ayer sucedió. Al mediodía. No tenía pan, entré al supermercado, cogí por costumbre una cesta, metí la barra en ella y me fui directa a la cola. Una cola larguísima. Yo era la última, no avanzábamos, y más por aburrimiento que por otra cosa, eché un vistazo a las vitrinas congeladoras y vi un paquete de guisantes. Guisantes, me dije. Estiré el brazo, abrí la vitrina y, cuando agarré la bolsa, noté una presión a mi derecha. Una señora con un carro repleto intentaba anteponerse. Adelantarme. Colarse, en definitiva.

–Disculpe. Yo estoy detrás. –Le señalé al cliente que me precedía.

–¡Tú lo que estás es comprando! –me dijo ella.

Empujó su tanque. Los ruedines me arañaron el tobillo. Yo solo llevaba una barra de pan y unos guisantes. Y ella, además del carro hasta arriba, ese desparpajo que siempre me arredra. Es instintivo. En cuanto me levantan la voz, pienso que he hecho algo mal y me encojo, me acogoto, doy un paso atrás. Ayer no.

–¡Tú lo que estás es comprando! –me dijo.

–Yo-estoy-en la cola –insistí.

–Ya.

–¡Ni ya ni yo!

Me salió del alma.

Un rayo de ira emergió de las profundidades de la tierra, ascendió por la corteza infernal, atravesó el suelo, me entró por los pies y me salió por la boca. ¡Ni ya ni yo!, le solté. El mejor argumento del mundo. La miré a los ojos. Dejé caer los guisantes en la cesta y le di la espalda sin moverme del sitio. Ella se quedó calladita detrás. Sumisa. No dijo ni mu, y yo, por primera vez en la vida, supe que era así como se cumplían los años. Que había entrado a la tienda con treinta y seis e iba a salir con cincuenta. Envejecemos de esta forma. Nunca de un año en un año, sino de golpe y sin pretenderlo. También lo llaman caerse de un guindo, arrancarse la venda de los ojos, coger al toro por los cuernos. Da lo mismo. Se llama envejecer y aunque por un lado me sentí orgullosa, pues había reaccionado como debería haber hecho hace tiempo, también fui consciente de que acababa de abandonar una playa, de convertirme en alguien de cara al invierno. Como la señora del carro. Feliz cumpleaños, me dije. Bienvenida a los cincuenta. Los treinta y seis los cumplí hace ya tiempo. En la oficina donde curraba. Aquel fue mi tercer cumpleaños.

Marzo. Buen tiempo. Sol. Los gorriones cantaban y oír su canto me ponía feliz. Me colmaba de optimismo, de alegría, de confianza en mí misma. Yo también era un ave discreta capaz de hacerse oír sobre el rugir del tráfico. Llegué a la oficina silbando. Saludé jovial a los compañeros de la entrada e intercambiamos las usuales palabras de cortesía y coqueteo formal. «¡Bienvenida, MILF!», dijo entonces uno de ellos. Se hizo el silencio. Clavaron la vista en las pantallas, se lanzaron a teclear y yo me desplacé hasta mi mesa con la sonrisa idiota instalada en la cara. No hacía falta ser muy sagaz para intuir que debían de llamarme así por lo bajo. Algo parecido a PIB, NIF, MIR. Trabajaban en finanzas. Sabían de siglas. Me senté, busqué MILF en internet y este fue el resultado: Mother I'd Like to Fuck. En español, MQMT: Mamá Que Me Tiraría. En realidad, no hacía falta tener hijos. La idea central consistía en: señora mayor aún follable. Imaginé las risas a mi costa, pero eso ni siquiera me importó demasiado. Lo realmente grave consistía en que me adjudicaran tal término a mí. A mí que todavía era la misma

muchachita dinámica, la misma avecilla grácil de veinte años que entró como becaria. Alegre, sonriente, educada. Siempre dispuesta a traer un café, a ayudar a un compañero, a echar una hora o una caña de más si alguien se encontraba mal o necesitaba consuelo. Me esforzaba en ser así. En no sucumbir a la vanidad ni a las tentaciones de ascenso y de algún modo, caí en la cuenta, mi concepto de juventud se relacionaba directamente con eso. Si no vendes tu alma al diablo, si no traicionas a ningún colega, si siempre llevas vaqueros lograrás conservarte joven hasta el mismo día en que te mueras. Miré a mi alrededor. Engominados y endomingadas de veinte años vendían su alma al intermediario del intermediario del diablo y mantenían la piel tersa mientras que yo, a pesar de mi coherencia, me había convertido en una MILF. En una madurita follable. Ese día entré a trabajar con veinte años y salí con treinta y seis. Feliz cumpleaños.

No se puede establecer un patrón. No se puede predecir cuándo va a suceder ni cómo, pero sucede y lo sabes. De repente, te has hecho más vieja. Por supuesto, a todo el mundo nos pasan cosas peores, sobrecogedoras, graves. Muere un ser querido, tienes un hijo, un amor, superas una enfermedad, un amor, pierdes un hijo. La combinación de horrores carece de límite, pero no influye. No es entonces cuando cumples veinte años sino cuando sabes, a ciencia cierta, que lo justo es chupársela.

Fiestas del pueblo. Un forastero. Rubio. Siempre me han gustado los rubios. Que perteneciera a un grupo independentista catalán a mí me daba lo mismo porque yo no me metía en política sino en bares, verbenas, peñas y en cualquier tugurio donde hubiera alcohol y música. El chico, en todo caso, llevaba una chapa donde ponía Terra Lliure y hablaba mucho en catalán, lo cual seguía sin importarme en vista de que ya estábamos en su hostal, besándonos, y de que él tampoco entendía muy bien mis balbuceos. Nos tumbamos. Mi cabeza empezó a dar vueltas. La suya resbaló de mis labios a mis pechos, de mis pechos a mi vientre, de mi vientre a mi pubis y ahí se quedó: chupándome. Reconozco que yo apenas sentía nada debido al alcohol, que me dormí y que el muchacho, ajeno por completo a cualquier conato de penetración –por bondad o por no establecer lazos con el extranjero–, me despertó y me dijo: «Ahora te toca a ti». Se me pasó la cogorza de golpe. «¿Cómo? –pensé–.

¿Que yo qué? ¿Es que no has tenido bastante con que te haya dado acceso al sagrado templo de mi secreto pudor? ¿No ves, chaval, que abriéndome de piernas me estoy cerrando las puertas del cielo?». El muchacho estaba encima de mí. Se retiró el largo flequillo de la frente, sonrió, me miró con sus ojos azules y cumplí veinte años. Había salido de casa con trece e iba a volver con veinte. Feliz cumpleaños, le dice mi yo de ahora a mi yo de entonces. Un yo infantil que aún creía en convites y tartas, y no por candor sino por conveniencia.

Hay países en vías de desarrollo y hay familias en vías de desarrollo. La mía, a finales de los ochenta, era una de ellas, y si bien no nos faltaba de nada, había que andarse con ojo. Ser prudentes. Comedidos. Aprender a disfrutar de los contados regalos que recibíamos en fechas muy señaladas. «Éramos tan inocentes. Creíamos tanto en los Reyes Magos», dice la gente. Como para no creer. Un día, sin venir a cuento y no sé quién ni por qué, a mi hermana y a mí nos regalaron bombones. Una caja roja para ella y otra caja roja para mí. Algo increíble. Inaudito. Las dos dormíamos en la misma habitación y mientras ella, más vivaracha, se comía un bombón cada día y mantenía la caja a mano, bajo la cama, yo la guardaba sin estrenar en las profundidades de mi armario. Bajo abrigos y bajo llave para alejar la tentación. No quería despilfarrarlos. Quería sostener el milagro. Hacerlos eternos. Cada vez que mi hermana se comía uno, yo sentía un hormigueo, padecía la contención, pero lograba mantenerme firme y experimentaba a la vez un extraño regocijo. Anticipaba el triunfo. El momento en que a ella no le quedara ninguno y yo ahí, con la caja llena. ¿Que cuántos le quedaban el día que yo abrí los míos? Ni idea. Simplemente había llegado el momento. Giré la llave del armario, saqué mi caja, levanté la tapa y extraje el Delicioso corazón con praliné de avellana. Me los sabía de memoria de tanto mirarlos. Sostuve el bombón entre el pulgar y el índice, me lo metí despacio en la boca, cerré los ojos y lo escupí de inmediato. Cogí otro. Volví a escupirlo. Otro. Otro. No podía dejar de llorar. De escupir. Habían pasado tanto tiempo en el armario que sabían a naftalina. Todos. Así fue cómo dejé atrás los cinco años y cumplí los trece.

De cuando hice los cinco confieso que no me acuerdo. Tengo una foto a esa edad más o menos. En la Basílica del Pilar. Ante la

imagen de la Virgen. Las manos unidas en señal de oración, la mirada al frente y la sonrisa sincera. Llevo un vestido rosa con la pechera de nido de abeja, un lazo, medallita de oro por fuera, los calcetines de perlé y un zapato de charol negro que hace brillar mi pie derecho. En el izquierdo no sé ni qué llevo. No brilla. Lo metí en un charco antes de entrar y lo pringué de barro hasta la rodilla. Mi madre, cuando enseñaba orgullosa la foto, colocaba el dedo pulgar justo sobre ese pie. Lo sigue colocando. A ojos de ella, bendita sea, yo siempre seré un bebé.

Octubre

División aerotransportada

Él era un gato pachorro y ella un perro bastante inquieto, feliz en general, atado a veces bajo la lluvia. Así se definían. Con irrupciones de modestia en la modestia cuando Juan aseguraba que su templanza no provenía de la reflexión sino del cuarto mental blanco donde se sentaba a no hacer nada mientras Ilena le daba vueltas a todo. A la ropa al sol por el sol, al agua limpia por los pinceles sucios y al asunto de que ambos ilustraban para la prensa, pero Juan cobraba el doble. No tanto. Un poco menos que el doble. Juan: un gato. Ilena: un perro. «Si fuera una perra, otro gallo me cantaría», mascullaba al afilar los lápices. Le hacían gracia las «Femen», y aunque fantaseaba con exigir más dinero mediante las mismas tácticas, tenía las tetas demasiado pequeñas. Pocas exigencias se podían escribir en ellas. Pocos ceros. A ese tipo de deducciones llegaba. A este escueto silencio.

–Llegamos bien a fin de mes. Nos pagan. No le des más vueltas –dijo Juan.

Escupió sobre un manchón de pintura, difuminó el emplasto, pegó encima los pelos de una brocha y dibujo listo. En el cuaderno de Ilena, ni media raya aún. Lo de ella requería más precisión: documentarse sobre el puto uniforme de los putos paracaidistas en la puta playa de Omaha. Eso querían en el periódico. El desembarco de Normandía. «Laputocentésimoprimeradivisiónaerotransportada», pronunciaba Ilena sin respirar. Buscaba pistas en internet: guantes amarillos, refuerzos en las costuras, casco, sotocasco, insignias, cosas así.

–¿Si es un diario «de actualidad» por qué hablar otra vez de esto?

Juan asintió y se levantó a escanear su collage.

–¡Abre paso al viejo Führer! –dijo.

–No me da la gana –respondió Ilena. Se apartó.

Compartían bromas, compartían cama, compartían mesa de dibujo, y había más desavenencias en la mesa que en la cama. En la cama no se echaban en cara la apropiación del espacio, el manejo interesado de la luz, el uso del material ajeno. Del escáner. Juan aplastó a su Hitler en la máquina y la máquina reveló mediante pitidos el vaivén frenético del porvenir inmediato. La calma a trozos del que sabe lo que vendrá, y en cuanto viene, reaparece otra vez la ansiedad. Hay que inventarse de nuevo algo nuevo. Otra inquietud leve y rápida. Que acabe además bien. Salida-llegada, salida-llegada, salida-llegada.

A Ilena la podían encadenar de muchas formas, pero no así. Ella era un perro, se revolvía, saltaba en el aire, hozaba en la tierra. Enterraba huesos en el jardín y se alegraba luego de volver a encontrarlos. «¡Eh, mirad, mirad lo que he descubierto!», anunciaba y se alejaba trotando feliz, a esconderlos por millonésima vez. Aniversario de huesos. Aniversario de la Segunda Guerra Mundial. Claro que lo entendía. Ilena sabía de sobra que no se puede comprender el presente sin el pasado. Su relación con Juan por ejemplo. Ellos se enamoraron una vez y ellos no se hubieran enamorado esa vez de no haberse encontrado ese día, a la misma hora, en el mismo supermercado y con los mismos yogures de coco. Los yogures hubieron de ser dispuestos en los estantes, los transportistas hubieron de transportarlos, los fabricantes hubieron de fabricarlos y los conquistadores hubieron de conquistar Cocolandia, la prodigiosa tierra donde brotaban frutos que aquí no brotaban. Cristobal Cocón, Hernán Cocortés, Vascoco de Gama. Faltan palabras en nuestra historia. Faltaba la sílaba co y ahora la ponemos donde queremos. ¿Acaso no es maravilloso doblar el cabo de Buena Esperanza? Así funciona el imperialismo: a favor siempre de nuestro amor. «Los cocos se llaman cocos porque se parecen al monstruo del Coco», se acercó Juan a ella en el supermercado. Sacó un rotulador del bolsillo y se dibujó uno en la mano. «La cara peluda, la boca deforme y dos ojos oscuros que no pueden dejar de mirarte», dijo, e Ilena fue conquistada. Coconquistada. Ese Coco no daba miedo sino ternura. Ganas de besarlo. De cuidarlo. Hay que

regresar al pasado. A hacer acopio de las emociones sobrantes. Hay que ondularse el cabello otra vez porque en aquel mítico supermercado del amor, ella tenía el pelo ondulado. Energía. Una confianza suave en el mundo.

Ilena apartó la vista de la pantalla. Estaba agotada. Soltó el ratón, cogió un lápiz, trazó una raya y la línea empezó a coger carrerilla, se curvó, quería ser algo. Una nube, un misil, la carcasa de una aeronave, una panza, el contorno de un paracaídas. Exacto. Ahí estaba lo que andaba buscando. El magnífico y descomunal paracaídas de «laputocentésimoprimeradivisiónaerotransportada» empezó a flotar ante sus ojos. A definirse sobre la playa. Se hinchaba con el aire liviano de la confianza e Ilena se dejó llevar. Bajo el suntuoso despliegue del nailon, el soldado previsto en primer plano perdía relevancia y de nada servía ya precisar su atuendo. El paracaídas se adueñó del dibujo y transformó al paracaidista en una silueta minúscula, difusa, sin exigencias de correaje ni rodilleras. Lo llamó George Junior II, un muchacho muy joven, delicado y huérfano de madre, que se había alistado voluntario para impresionar a su padre George Junior y a su abuelo George a secas. «Va por ti, George Junior II», dijo Ilena, y en la insignia del uniforme, en vez de un águila, le dibujó un flamenco tan minúsculo que solo ellos dos podían percibir. El soldado levantó la vista y la miró sobrecogido, con los ojos llenos de lágrimas. Quizá lo que más le gustaba a Ilena de dibujar era justo esto, inventar historias. Reordenar el mundo. Envió la ilustración al periódico y, en menos de una hora, ella misma desembarcó en el escenario de otra tragedia a juzgar por la escabechina. En vez de ondulaciones sinuosas, unos rizos terribles, enjutos, erizados despegaban de su cabeza. Abandonó la peluquería y corrió a casa como si la velocidad pudiera elongarle de nuevo el cabello. Disipar, al menos, la rabia de haber pagado.

–¡No mires! –Entró.

Dio un portazo y se encerró en el baño con otro. Blum. Blum. Encendió el secador, pero no había manera de alisar la catástrofe. Para colmo, los nuevos tirabuzones establecían inesperadas sintonías con las arrugas de su cara, ni siquiera ya primerizas. Pliegues y más pliegues se alentaban unos a otros. ¿Es irrecuperable

el pasado? ¿Se puede recorrer en sentido inverso la nítida línea recta que trazan los torticeros senderos de una vida? Ella no pedía tanto. Tan solo recuperar un detalle. Una minucia. Un peinado. El trémulo aire místico y juvenil de otra época. Decidió cambiar de táctica. Apagó el secador, salió del lavabo, se desplazó a hurtadillas por el pasillo, recaló en la cocina, cogió el frutero y volvió a recluirse en el baño.

Juan se apostó tras la puerta.

–Aún no he visto cómo te queda –dijo.

Se atrevió a decir. En ocasiones como esa, él debía abandonar lo que estuviera haciendo. Un bebé en el fuego si se dedicara a salvar bebés del fuego, la bóveda de la Capilla Sixtina si se dedicara a pintar capillas sixtinas. Y concentrarse de lleno en ella. En Ilena: la causa primordial de que él no fuera un héroe ni un genio. Estas ideas lo asaltaban últimamente y como acto de contrición, redoblaba sus esfuerzos en hacer lo que tenía que hacer: estar y no estar. Con Ilena. Gato cuántico.

–Venga. No le des más vueltas –dijo Juan.

–Siempre estás con lo mismo. Quien le ha dado demasiadas vueltas, y a mi pelo, ha sido ese idiota. El peluquero. Si buscas un gilipollas, tengo su teléfono.

(Silencio).

–Tienes razón. Disculpa –dijo Ilena–. Le perdonamos la vida y yo, en cuanto llore un poco y me lave la cara, me adaptaré a mi nueva vida entre lo humano y la coliflor.

–Suena bien –dijo él.

–Estoy bien –dijo ella.

Juan desmontó la guardia en la puerta, y antes de marchar, oyó la presión a tope del grifo.

Ilena metió la cabeza en el agua, se peinó con raya en medio, abrió un armario, sacó un carrete de hilo, cortó varios trozos, los

alineó en la repisa del lavabo y extrajo del frutero las manzanas, las peras y los racimos de uva con los rabos más fuertes. Anudó los hilos en la fruta y se la colgó en el pelo. La tensión podía funcionar. La tensión obligaba, deshacía enredos y ella tenía que transformar esa porquería de rizos en espirales nostálgicas. Regresar a través de ellas al legendario tiempo del supermercado del amor y de los yogures de coco. Anhelo ondulado. Salió del baño y caminó por el pasillo con las frutas suspendidas del pelo. Árbol con patas. Que no se caigan las manzanas, las uvas, las peras.

No perder nada.

Mantener la cabeza en su sitio.

Una Golden y una Fuji rebotaban en sus mejillas. Un racimo de garnacha le enmascaraba un pezón. Era obsceno. Excitante. Tenía su gracia supongo. Juan iba a llamarla Arcimbolda cuando sonó el timbre de la puerta y ella fue a abrir.

¿Por qué él no la detuvo?

¿Por qué ella abrió?

Imagino que estas son las preguntas que la gente se hace después y no antes. Por eso pasan las cosas. Aunque la mayoría de las veces tampoco pasa nada y un repartidor ha visto de todo en la vida. «Ajá, la clásica mujer semidesnuda con frutas en el pelo», debió de pensar el muchacho a quien Ilena abrió y le entregó un paquete mientras acudía a su memoria un grupo nudista al que abasteció de lechugas, la actriz con pepino en la cara a la que enviaban flores –por qué no pepinos– y cierto vídeo de la organización Fuck For Forest que descubrió en el móvil de su madre y por el que nunca pidió explicaciones. Esta gente follaba en el campo para salvar el campo. Con el campo. El repartidor incluyó a Ilena en este último grupo y le habló con la cortesía y agradecimiento de quien trata con alguien que hace feliz a su madre.

–Si es tan amable de firmar aquí, por favor. Cuidado con la pera. Gracias –dijo.

El árbol con patas retomó su destino, entró en el estudio y quien dice árbol con patas dice la mujer a quien Juan amaba descalza, con frutas en el pelo, una minúscula toalla enrollada a la cintura, tetas a la vista y un envío a nombre de él. ¿Por dónde empezar?

Ilena se lo puso fácil. Sacudió el paquete con excesivo ímpetu.

–¡No lo muevas, joder!

Ella se quedó quieta. Una manzana cayó al suelo.

–¿Qué es?

–Tóner. Para la impresora.

–El tóner se agita. Es tinta seca –dijo Ilena.

Lo zarandeó aún más fuerte y empezó a lanzarlo al aire. El paquete ascendía y caía de nuevo en sus manos. Primero no muy alto. Luego más arriba, más arriba. Giró en el vacío, rozó la lámpara, desvió su itinerario al bajar y, aun así, Ilena lo recogió sin problemas. Era una mujer con reflejos.

–¡Toma, cógelo! –dijo.

El paquete voló por el cuarto y aterrizó directo en las manos de Juan que lo dejó en la mesa con un golpe. Sucedía siempre. Sucedía cuando ella se sentía bien, cuando se sentía menos bien y cuando ni fu ni fa. Daba igual el estado de ánimo. Si Ilena estaba feliz compartía la alegría. Si estaba hecha un asco repartía igual, sin miramientos.

–¡Se acabó! –dijo Juan.

–¿Qué se acabó?

–¡Esas frutas que llevas y esa mala leche del pelo!

–¿Sí?

–Sí.

–Ah, muy bien. Dime cómo.

–Muy fácil. Te descuelgas las manzanas, te descuelgas las uvas y con ese pelo.

–¿Con este pelo qué?

Habían llegado al enigma.

A la esfinge.

Juan miró a Ilena, parpadeó, abrió la puerta mental de su cuarto blanco y se acomodó en él a estar y no estar. A por calma. Ilena había perdido la mini toalla en el lanzamiento de tóner y la frontalidad de su ira y de su pubis hirsuto lo irritaba, lo incitaba. «Si no fuera por ella, ahora estaría salvando a bebés de la Capilla Sixtina», pensó y la estupidez resplandeció con tal esplendor que Juan se la quitó de encima con ganas. Salió del cuarto y contempló a Ilena sin muros. «Si se colgara en el pubis cuatro cerezas, la armonía del conjunto alcanzaría la perfección». Es curiosa la equidad. Poner más si hay más, menos si hay menos. No disponía de cerezas. Había que actuar con cautela.

Juan avanzó hacia ella, se detuvo a un palmo, le descolgó una manzana del pelo y el rizo se enroscó veloz hacia arriba. Besó el rizo. Hincó una rodilla en el suelo y su rostro quedó a la altura del pubis de Ilena.

–Cuanto más rizado, mejor –dijo él.

Cayeron más frutas.

–Tengo una idea –dijo ella todavía a horcajadas de Juan.

Se encontraban sobre esa humedad a punto de resultar incómoda y las frutas desprendidas salpicaban el suelo como si brotaran directamente del parqué. El parqué era de madera. Los árboles son madera. ¿Por qué no? Ilena estiró una mano, alcanzó una pera, se la limpió en el brazo y le dio un mordisco. Los granos de uva aplastados formaban charquitos aquí y allá. Unos eran de uva. Otros no.

–¿Qué idea? –dijo Juan.

–En realidad no es una idea sino un experimento.

Ilena masticó, carraspeó, desmontó el cuerpo de Juan y se sentó en el sofá. Volvió a morder la pera. Volvió a masticar sin prisa.

–Te estás haciendo la interesante –dijo Juan.

Se sentó tras ella y con la ayuda de un lápiz, empezó a desanudar los hilos sin fruta que le quedaban aún en el pelo. Hubo un tiempo en que Juan veneró esa cabellera, y a pesar del desastre en marcha, alguna similitud habían logrado en la peluquería gracias a la permanente, al moldeador. Permanecer, moldear: las dos palabras definían con exactitud la técnica de amarse, de vivir juntos. Juan le rascaba la cabeza y la sedante fricción de la mina electrizaba a Ilena en vez de dormirla.

–Mi idea consiste en lo siguiente –dijo ella.

–Idea no. Experimento.

–Cierto. Eres un chico aplicado. Escucha. El experimento consistirá en lo siguiente. En darle la vuelta al asunto. Tú dibujarás como yo y yo dibujaré como tú.

Juan dejó de rascar de golpe y pinchó la cabeza de Ilena.

–¡Ay!

–Lo siento. –Levantó el lápiz. Habló descolocado. En guardia–. Vamos a ver. Que me entere. ¿Que yo dibuje como tú? ¿Pero cómo? Eso es imposible. Tú eres infinitamente mejor. Perfeccionista, minuciosa. De una precisión impecable. A chapuzas a mí no hay quien me gane.

Ilena se giró y le pellizcó los mofletes.

–La cosa no será así, don chapuzas. Será mucho más fácil. Tú firmarás mis dibujos y yo firmaré los tuyos.

–¿Cómo? ¿Por?

–¿Por qué no?

–No entiendo. ¿Qué quieres experimentar?

–Que llegamos bien a fin de mes.

El siguiente encargo consistió en ilustrar una resolución judicial y la ley no se deja retratar así como así. La moral interfiere. Parece que ley y moral van juntas, pero ponte a dibujarlas. En cuanto se baja la guardia, lo-ilegal-pero-humano interfiere en lo-legal-pero-inhumano.

Juan, en su línea expresiva, optó por cinco barrotes. Metió los dedos en un bol con tinta, arrastró la garra por el papel y compuso cinco trazos verticales, rotundos. Ya está. Satisfecho con el resultado, se secó las manos y contempló a Ilena, que sin levantar la vista de la mesa, perfilaba la disposición colmenar de los alveolos pulmonares. Dentro de cada alveolo, trazaba una figura conectada al resto mediate ramificaciones sanguíneas. Un hombre con gabardina, un jorobado, una princesa, un muchacho. «El oxígeno de cualquier sociedad proviene al fin y al cabo de la confianza de la gente en la gente. Les gustará», pensó Ilena. Sonrió y siguió dibujando. En silencio. La justicia como pulmón de la sociedad con el discreto e imprescindible acompañamiento de invisibles restauraciones. Íntimas. Personales. De aquel hombre que se abrió la gabardina ante ella cuando era cría y le permitió interpretar al jorobado con tal realismo que le adjudicaron ese papel en la función escolar en vez del de princesa, a pesar del cabello largo que aún llevaba años después, en el mítico supermercado donde un muchacho se pintó un coco en la mano.

Ilena dibujaba. Concentrada.

Juan se levantó a escanear los barrotes, golpeó el bol con el codo y derramó la tinta negra sobre el papel de Ilena.

–¡Mierda!

Una mancha feroz se expandía por los pulmones. Avanzaba

decidida e irremisible hasta que ella, con una serenidad inaudita, como alguien de urgencias habituado al desastre, tomó una esponja y la apoyó sin presionar. Que absorbiera la mayor cantidad de negro. Nada más. Dejó la hoja secarse y aunque algún rastro quedó, la textura sombría de ciertos espacios fortalecía la claridad de los otros.

–¿Cómo lo ves?

–Muy bien –dijo Juan.

Y lo firmó.

Juan firmó los pulmones de Ilena e Ilena firmó los barrotes de Juan.

Enviaban así sus dibujos y nadie se percató del trasvase.

Juan siguió cobrando el doble por los dibujos que realizaba Ilena e Ilena, dado el incremento de valor de su obra, decidió comprarse una plancha de pelo.

Una buena.

Una cara.

Noviembre

Juegos reunidos

Se hartó de la impericia de su amante. Formó una bola con su ropa desperdigada por el cuarto, la tiró por la ventana y la miró caer a la calle. Es hermoso cómo se despliega la tela en el aire sin los cuerpos dentro. Hueca. Ligera. Capaz de movimientos insólitos. ¡Joder!, gritó él. Saltó desnudo de la cama, bajó a por sus pertenencias y se largó. Una pena que Mila hubiera incluido sus mejores bragas en el amasijo y que ya no estuvieran en la acera cuando bajó a buscarlas después. Examinó el campo de aterrizaje. Hurgó en las papeleras, bajo los coches. Inspeccionó los arriates. Nada. Él se las había llevado. Sus bragas color púrpura con todo lo demás: sus pantalones (los de él), su camisa (la de él) y sus ilusiones (¿las de ambos?). Volvió a telefonearla en un par de días. Necesitaba una explicación.

–¿Sabes qué? –dijo Mila.

–¿Qué?

–Devuélveme las bragas.

Fin de la obra. Se encendieron las luces y Mila aplaudió otra vez a Mila por su rotunda actuación. Ese campo de fuerza que desplegaba y los expelía a todos. Zas, zas. Lejos, más lejos. ¡Señora y señores, la nueva heroína de este siglo! Franca, directa, insolente. Y de qué le servía a ella tanto superpoder si ella era guapa. O más que guapa, atractiva. A lo italiano. Algo así como simétrica aunque a punto de no serlo. Morena y con la innata cualidad de hacerse recordar más baja, lo cual alimentaba el paternalismo en la distancia y en el reencuentro la enaltecía. Acababa de pasar los cuarenta. No importa. A cualquier edad hay hombres viejos o chicas jóvenes sin prejuicios, se hacía la clásica, la contemporánea. En resumen, poseía los atributos necesarios para que sus rodillas

bizcas, en vez de estropearle la silueta, le otorgaran aún cierto candor, ganas de cogerla de la mano y enseñarle el mundo. Lloverán pétalos de jazmín, amanecerá y anochecerá en alternancia constante, pasearemos en calesa, nevarán nubes de nabos.

–Deja de montarte películas –dijo Serena.

–¿Qué?

–Películas sobre ti. Puedo leer tus pensamientos como bocadillos de cómic. Que si aún, que si tal vez, que si llueve purpurina. Vamos, concéntrate en nuestra obra. En nuestro jersey. Con este jersey cambiaremos el mundo.

Mila y Serena se conocían desde el instituto y no había semana que no se vieran. Jamás habían hecho punto porque eso era de viejas y ahora, a buenas horas, se lanzaban a hacerlo porque se llevaba hacer punto y punto. Parecía un trabalenguas, pero era una forma de ser. Había que actualizarse. ¿Nueva música? Nueva música. ¿Nuevo peinado? Nuevo peinado. ¿Nuevo ancho de pernera? Nuevo ancho de pernera. Se esforzaban en estar al día aunque cada vez les costaba más. A menudo, en vez de avanzar, tenían la impresión de estar regresando, no al punto de partida, sino a un tiempo anterior, ni siquiera al de sus abuelos, sino a uno más ancestral: pretérito, uterino, galáctico. Un lugar oscuro donde ellas flotaban como partículas a merced de cualquier elemento. Por lo visto, tejer en casa empoderaba la artesanía, establecía vínculos con las comunidades indígenas y contribuía a erradicar la explotación textil. Ellas sabían de sobra que no contribuían a nada salvo a la chapuza universal. Avergonzaba lo que la gente subía a internet: chalecos asimétricos, patucos dispares, bufandas acabadas por acabar algo en la vida, y sin embargo, era esa medianía lo que las había animado. Ahí podían llegar. A elaborar algo mediocre. Una haría una manga, otra, otra manga y se acabaron los brazos.

–¿Que yo me monto películas? Por favor. Lo único que yo me monto son cortometrajes y cortos en general –respondió Mila–. La que le da al culebrón eres tú, doña casada.

–A mí ya ni me dan.

Y siguieron dándole a las agujas con la destreza débil y la obstinación obscena de los principiantes. Sin hablar. En todos sus encuentros se colaba alguna impertinencia, pero nunca se disculpaban. Los perdones entorpecían.

–¿Sabes, Serena? Cojo uno, lo agoto y lo suelto. Cojo otro, lo agoto y me suelta. –Gesticuló y se le salieron los puntos. –Mierda, ayúdame.

Serena acercó su silla y empezaron a entreverar la lana juntas mientras Mila seguía hablando.

–¿Quieres saber lo que pasa de verdad? Que hay ropa demasiado barata, lencería de hasta tercer coño y las plataformas de gente son gratis. Las de zapatos no. Las de zapatos hay que pagarlas. Ya ves. Menos que una chancla. Así andamos. El low cost nos ha engullido. Estamos tiradísimas. Fin del estado de bienestar. Nuestra gratuidad ha culminado la cima del capitalismo y a partir de ahora, ¡tachán!, libres, pero solo hacia abajo. Caída libre. Hundimiento. Ya está. –Acabaron de insertar los puntos. Serena retomó su labor y Mila siguió a lo suyo–. Nosotras que fuimos las reinas, las sirenas, las protagonistas de fábulas, las hijitas de papá, el vellocino de oro, hemos caído en sus redes. ¿Un lugar donde pasar la noche? No busques en Airbnb, corazón. Busca en Maripili López. Sale mucho mejor. Más barato. Cama gratis y polvo gratis. Esto no es lo mío.

Se le habían vuelto a salir los puntos y Mila devolvió la faena al canasto.

–¿Ya has acabado? –dijo Serena.

–Yo lo dejo todo a medias, ¿no lo sabes?

–Venga, no te hagas la víctima. No te pega.

–Eso es cierto. Al menos no me pegan. Aunque a veces, unos cachetitos…

–Si hay cachetitos, que te paguen.

–Buena idea. ¿Te aputas conmigo?

Sonó un golpe.

¡Pom!

Un impacto rotundo, acolchado, grave. De ahí al lado.

–¿Ya están aquí tus nuevos vecinos? –preguntó Serena.

–No –respondió Mila.

Se levantó y fue a mirar en su dormitorio. La única habitación que compartía tabique con el piso contiguo.

–¡Pega la oreja a la pared! –dijo Serena desde el cuarto de estar.

–No hay nadie y no grites tanto, por favor. Me duele la cabeza –dijo Mila de vuelta.

Se sentó en la silla, subió las piernas al asiento, apoyó la frente en las rodillas y la melena cayó por delante. La cubrió. Se instauró un silencio durante el cual Serena no dejó de tejer ni de examinar a su amiga como un espía que de tanto indagar tras una cortina, acaba interesado por la cortina. Se conocían demasiado. Lo bastante para no anteponer la introspección a cualquier otra táctica. A la mala leche de bajo calibre.

–Qué mal te has teñido –le dijo.

Y Mila la llamó tontaelculo por lo bajini. Buena señal. El clic-clac de las agujas emulaba el tic-tac de los relojes y la materia anuda aún mejor que el tiempo. Ellas siempre habían compartido intereses, aunque quizá no la misma voluntad, tenacidad, arrestos, resignación o como se llame la cualidad necesaria para abrirse camino en la vida y circular por ella. Serena volvió a enrollarse la lana en el dedo y deslizó la aguja en el bucle. Punto derecho. El más fácil. Anudar. Soltar. Anudar. Soltar. Sacar adelante el jersey mientras su amiga seguía ahí enfrente. Ovillada sobre la silla de un piso de veintitrés metros útiles cuya hipoteca seguía pagando. Útiles. Mila estallaba en cólera cuando hablaban así. Por el rastro de imposición. Sus habitantes, en consonancia, debían hacer algo útil.

–Quiero que me usen –dijo Mila desde su cueva de pelo–. Quiero que me usen como a una perra doméstica. Como animal de compañía. Necesito estabilidad y que me pongan uno de esos collares luminosos por la noche. ¡Que teman perderme, joder! Quiero un cuenco de plástico con mi nombre en mayúsculas: MILA. Ningún preservativo lleva grabado mi nombre. Ninguno. ¿Te acuerdas de esa campaña de Coca-Cola donde en cada lata ponía Pepe, Juan, Maricarmen? En una ponía Milagros. Me salió en una máquina y le pedí matrimonio.

–Lo de casarse es muy mecánico, sí –contestó Serena.

Mila bajó los pies del asiento, se apoyó en el respaldo, miró hacia arriba y desplegó en horizontal sus brazos como si fueran a crucificarla y electrocutarla a la vez.

–¡Matadme! –comenzó su plegaria–. ¡Si ya no hay piropos, ni mimos, ni carantoñas, ni arrumacos, ni mentirijillas piadosas, matadme! ¡Si nunca vuelven a abrirme la puerta porque son ellos los que se quieren largar primero, y además a toda leche, matadme, oh dioses, porque no sabemos qué hacer! No sabemos qué dicen. Al principio hablan mucho, es cierto. Pero en cuanto su saquito de semen revienta, pierden la voz. Es increíble. El cerebro se comprime, la lengua se atora y entran en silencio en la ducha como en un vestuario tras una derrota, tras un encuentro que hace nada jugaban y retransmitían en voz alta: ¡Atención, mi dedo avanza por la banda interna de tus labios menores, se repliega ante una pulsión y retoma la inmersión con enconado ahínco! ¿Voy bien?, preguntan. No, no vas bien, les digo, porque no van bien, y entonces se enfadan. ¿Cómo que no voy bien? A mi ex le encantaba. Y puesto que yo no contesto siguen: y también le encantaba a Lara, a Clara, a Amaya, a Amanda. Oh, querido, las mujeres con muchas aes en el nombre gimen sin darse cuenta. Escucha: ¡Aa, aa, aa! ¡Aa, aa, aa!

–Estás como una cabra.

–Cabra. Demasiadas aes.

–Pues como una cebra. Loca y explícita.

–Lo que estoy es traicionándome, Serena. –Mila bajó los

brazos–. Soy una traidora. He traicionado la educación que me dieron mis padres, y a mis padres mis abuelos, y a mis abuelos mis bisabuelos, y a mis bisabuelos mis tatarabuelos. Un momento. ¿Alguien educó a mis tatarabuelos o no les quedó otro remedio que ser tontos?

–En ese caso bien, ¿no?

–No lo sé. Hice bien a los quince e hice bien a los veinte. A los treinta y dos aún hice bien. Después mi franqueza se convirtió en autonomía, mi autonomía en soledad, mi soledad en cinismo y aquí estoy, pide por esa boquita. Cualquier cosa que me digas sabré hacerla sola.

–No. No sabes hacer punto.

–Cómo que no. Nadie pone el punto y final como yo.

–Entonces sanseacabó. Punto y final. Mira –dijo Serena. Tensó el tejido que llevaba hecho. Había superado el puño y alcanzaba ya un medio brazo muy ancho para ser un brazo y muy estrecho para ser una espalda–. En vez de un jersey, me está saliendo mi caniche.

Mila la miró interrogante.

–¿Tu caniche?

–Sí. ¿Quieres que te lo cuente?

–Por favor.

–Escucha. En el mueble bar de la casa de mis padres siempre hubo un caniche. Un caniche sentado sobre sus patas traseras –dijo Serena–. Era blanco, de ganchillo, con dos pompones de orejas, un pompón de flequillo y cuatro pompones de patas. Llevaba también un lacito rojo en la cabeza y un cascabel en el cuello. De adolescente, lo consideraba el único rasgo excepcional en mi aburrida familia, y de pequeña, como estaba prohibido indagar en ese armario, cada vez que mi madre me pedía coñac para un guiso, yo corría feliz a ver al caniche. A ese misterioso peluche en el armario de las bebidas. «No es un peluche. Es una botella de coñac con una funda de perro que le hice a tu padre en nuestro

aniversario de boda», me contó mi madre un día no sé a santo de qué. Pero me lo debió de contar muy triste porque, a partir de entonces, el caniche se convirtió en un ser nostálgico y oscuro inclinado a la bebida. Tenebroso. Solitario. La botella que mi madre me pedía nunca era la del caniche sino la otra, la barata, la de cocinar. «No juegues con él, me advertía». Y yo nunca supe si se refería al caniche, al coñac o al matrimonio.

¡Pom!

Se oyó de nuevo un golpazo y Mila saltó a inspeccionar el dormitorio. Volvió rápido esta vez. Con un bebé en los brazos. La voz de Serena tardó en encontrar acomodo.

–No lo entiendo –pronunció al fin.

–Qué no entiendes –dijo Mila.

–¿Tú qué crees?

–Pues es muy sencillo. Pequeño y con pañales.

–¿De quién es?

–Es un favor, ¿vale? Nada más que un favor.

–¿A quién?

–Sabía que no lo entenderías.

–¿A quién?

–A Jano –dijo Mila–. Y a mí también.

–Jano es Jano. Jano, el de la ropa por la ventana. Jano –dijo Serena.

–Deja de decir el nombre de su padre. ¿No ves que se pone nervioso? ¿No ves cómo te mira?

Un bebé de unos siete meses se agitaba en brazos de Mila y lo pequeño no era el bebé sino Mila con él. Mila como medio de

transporte de ese ejemplar rollizo, convulso, brillante. Por la magnitud física y por la expresión atónita del rostro, Serena había llegado a la conclusión de que los bebés de siete meses ya deberían caminar por sí solos y hacer la declaración de la renta. Asustaba que no fueran capaces. A esa edad, y sobre todo los varones, poseían la misma expresión que tendrían de adultos, de segundo o tercer adulterio. Cabello ralo, semblante difuso y facciones abotargadas por la existencia. Los hijos de Serena habían superado hace tiempo esa confluencia. Ese horror. Cuando miras a un bebé de siete meses estás mirando a un señor de cincuenta.

–Ese tipo que tienes en brazos no me mira a mí, Mila. Examina la distribución de tu vivienda y especulará con ella en cuanto pueda.

–¿Se puede saber qué dices? El pobrecito se ha caído de la cama dos veces. ¡Dos!

–Pero está bien. Míralo.

–Hablas como si no tuvieras hijos, Serena. Qué falta de compasión.

–No soy compasiva. Soy madre. No es lo mismo.

–Disculpa, sabelotodo.

–Exacto. Yo lo sé todo.

–Muy bien. Entonces explícamelo.

–El padre de ese individuo te dejó hecha mierda.

–¿Siguiente frase?

–Que no sé qué haces con él en brazos.

–Oh, cierto. Espera. Déjame pensar. A ver. Mmm. Él me perdió unas bragas color púrpura y ahora él perderá un hijo –dijo Mila.

Colocó al bebé en posición horizontal, como si volara, y lo balanceó sobre el sofá. ¡Ay, que se cae! ¡Ay, que se cae! El bebé

pataleaba, reía, jaleaba excitado.

–¡Deja de hacer eso! –dijo Serena.

–Menos mal. Creí que no lo ibas a decir nunca.

Mila volvió a abrazarlo y el bebé se enfadó. Comenzó a gruñir, a sacudirse.

–¡Pata, pete, puta! –balbuceó.

–¿Ha dicho puta? –preguntó Mila.

–¿Ya sabe hablar? –dijo Serena.

–No lo sé.

–Tú has dicho que ha dicho.

–Ya, pero no quiero decir que sepa. Digo que parece que.

–¡Puta! –repitió el bebé satisfecho.

Le hacían caso.

–Creémosle confusión –propuso Serena.

Señaló la puerta, miró fijamente al niño y pronunció muy despacio: puuuu-er-ta. Tomó después el extremo de uno de sus piececillos y volvió a pronunciar: puuuu-un-ta. Cogió una de las agujas de tejer, se pinchó en un dedo y dijo: puuuuu-pa.

El bebé la miraba absorto.

–O lo has hipnotizado o se está compadeciendo de ti –dijo Mila.

–No importa. Lo importante es la ambigüedad. Que no se lo diga a su madre cuando vuelva a casa.

–Porque entonces, si dice puta, su madre sabrá que ha estado conmigo –dijo Mila. Muy seria.

–No. Bueno, sí. Así te llamaba ella. Quiero decir. Cuando te

acostabas con su…

Mila cambió de brazo al bebé.

–Escucha por millonésima vez, Serena. Ni lo dejaron por mí, ni soy una asalta camas. Y otra cosa: su madre ya lo sabe.

–Que su hijo está contigo.

–Sí. Conmigo. Con la puta –dijo Mila.

Serena se había excedido, pero no podía pedir perdón. Había que seguir adelante. Con el exceso por delante.

–¿Y a su madre le parece bien que seas tú quien lo tenga?

El bebé palmeaba la cara de Mila.

–Ni lo sé ni me importa –contestó Mila. Su barbilla alzada para evitar los impactos del crío volvió a alzarse, se sorbió los mocos y en vez de lágrimas, disparó otra cosa–. ¡La vida no es tan sencilla como tú te piensas, Serena. Me caso con un merluzo, me saco dos minimerluzos del coño, le pongo un tapón y directa a la santidad! –soltó a bocajarro. Intentó amortiguar–. Y yo soy una estúpida. Lo sé. Este fin de semana le tocaba el crío a Jano, le ha surgido algo y como no ha encontrado a otra idiota, me ha llamado a mí y le he dicho que sí. Luego se lo ha dicho a su mujer y ya está. Organización. Datos. Siglo veintiuno, amiga. Hay que actualizarse.

Serena, su amiga del alma, su amiga caramelo, había encajado el impacto merluzo y seguía escuchándola con esa expresión dulce y blanca que no lograba quitarse de encima. A su lado, el rojo era más rojo, el cacao más auténtico y las personas también eran más. O eso le decían. Y a Serena le gustaba y no. Ser la base dócil sobre la que se expande la humanidad no estaba mal, pero a veces se parecía bastante a ser imbécil, así que procuraba endurecerse. Apelmazar su masa temblona. Lo que ella era: una blandurria a juzgar por las palabras de Mila. Alguien que había comprado un vuelo soso y directo al amor en vez de un divertido trayecto con mil escalas. Tenía razón. Ella no había estado en las playas de Malibú, ni en el Congo, ni en la punta de más de tres pollas, pero ¡qué

demonios! Sabía mantener el rumbo sin perder de vista el horizonte ni el reflejo del sol en las cordilleras. No se llega a piloto en un día. En un par de semanas. A un par de veces por semana, Serena había follado con su marido unas dos mil trescientas veces. Enfermizo. Obsesivo. Sí. Y también sofisticado y precioso.

–Te emocionó que Jano volviera a llamarte –dijo Serena.

–¿Tú qué crees? –Mila apretó los labios.

No sabían si reír o llorar, y en vista de la indecisión, fue el bebé quien optó por el drama. Un llanto infantil agudo, hiriente. Mila no sabía qué hacer.

–Creo que tiene hambre –dijo Serena.

–¡Eso es fácil entonces! Ahora vas a comer, pequeñín. Ahora mismito –habló al bebé–. Jano me ha traído de todo. Lo tengo apuntado. Ve a la nevera y saca la leche, por favor –indicó a Serena.

Y Serena reapareció con la leche y con otro ingrediente: estupor. Traía dos frascos. En cada frasco, una pegatina con la hora y los centilitros.

–Es la leche de su madre –dijo–. En particular, la leche de los pechos de su madre. Vamos, que se ha ordeñado, ha rellenado estos botes, le ha dado los botes a Jano, Jano te los ha dado a ti y tú se los vas a dar a él.

–Correcto. Lo has entiendo bien. Ahora echas la leche aquí, la calientas allí, la vuelves a echar aquí y me la das –leyó las indicaciones de Jano en el móvil.

Serena efectuó los trasvases lácteos y entregó el biberón a su amiga.

–Toma, toma, bonito –susurró Mila al bebé. Se concentró en seguir un tutorial sobre la postura adecuada.

Serena volvió a sentarse y contempló, sin saber muy bien qué sentir, el fervor que Mila desplegaba en alimentar con la leche de la ex mujer de su ex amante a su bebé. Su, de ellos juntos. Su, de ella

por un lado. Su, de él por otro, pues se habían separado. Y también su, de Mila, que era al fin y al cabo quien lo tenía en brazos. Cada vez resultaba más complejo el uso de los determinantes posesivos.

–¿Y si en un despiste, le saco el biberón y le meto mi teta? –dijo Mila–. Así, al menos, un cincuenta por ciento de Jano me la estará chupando.

–Ni se te ocurra. Te denunciarían por abuso.

–¿Tú me denunciarías?

–Por supuesto –contestó Serena, que había retomado las agujas y tejía definitivamente un caniche.

–¿Sabes qué?

–¿Qué? –preguntó Serena.

–Que este crío no se parece en nada a su madre. Quizá sea mío –dijo Mila.

E incluso a la velocidad del chiste, se encontraron por un instante en el cuarto de la ilusión y de lo imposible. Esa habitación con cortinas multicolor de cadenillas metálicas. Estás dentro sin darte cuenta, suenan solo al salir y siempre se engancha alguna en el pelo.

Invierno

Diciembre

Alguien no apuntó bien

Alguien no apuntó bien.

El camión empezó a adelantarlos y algo rígido impactó contra su coche.

–¿Qué ha sido eso?

–¿Qué es esto?

–¡Esto nos pasa por ir tan despacio!

Lo que fuera acababa de estallar contra el techo y un líquido denso resbalaba por la luna, por las ventanillas. Los niños las llevaban un poco abiertas y el fluido los salpicaba. Caudales ocres. Lluvia oxidada.

–¡Subidlas, rápido! A saber de dónde ha salido.

–De una central nuclear –dijo el mayor.

–No digas chorradas –habló el padre.

La madre se arrancó el cinturón de seguridad y examinó la zona trasera. La olisqueó. En la mesa desplegable del pequeño se habían formado charquitos.

–Si los tocáis se os caerán los dedos –dijo.

Los niños se quedaron rígidos. Ella abrió la guantera, sacó papel higiénico y limpió la mesa.

–¡Joder, es pis!

–¿Pis?

–¡Piiiiiiiiiiis!

El pequeño estalló en alaridos.

–Hay que parar –dijo la madre.

–¡Pis de monstruo! ¡Pis de diablo! ¡Pis de bruja! –El mayor asustaba a su hermano–. ¡Pis de dinosaurio!

El pequeño dejó de llorar. Encontró aceptable la opción dinosaurio y se mostró participativo.

–¡Pis de caca! –dijo.

–¡Callad! –ordenó la madre–. Hay que parar.

–Ahora no podemos. No exageres –dijo el padre.

La mano del hombre reposaba en el cambio de marchas y ella restregó sobre su dorso el papel higiénico empapado. La mano salió disparada.

–¿Qué haces? ¿Quieres matarnos?

–¿Quién es el exagerado?

Pararon rápido. En un área de servicio demasiado grande que ofrecía demasiado poco. Que no les gustaba.

–Saco ropa limpia, nos cambiamos en los lavabos y adiós –dijo la madre.

Mientras ella abría el maletero, el padre tomó en brazos al pequeño. Olía mal, pero no lo achacó a injerencias externas. Con frecuencia, los niños no huelen bien por procedimientos autónomos.

–¡Ahí está! ¡Ahí! ¡Ahí! –Señaló el hijo mayor.

Empezó a saltar en el suelo.

–¡Pis dinosaurio! –Señaló también el pequeño.

Arrancó en aplausos.

El camión que los había adelantado se encontraba aparcado frente a ellos y contagiados por el entusiasmo de dos seres que apenas sumaban ocho años –se ama los hijos por esto–, padre y madre lo examinaron como si en verdad fuera un ser vivo. Un animal gigante que comía, bebía, orinaba sobre otros bichos y se había echado a dormir. Parecía menos grande en reposo que en marcha. Seis metros de remolque en todo caso, y la lona sucia, descuidada, con remaches. No la habían tensado bien y el aire la abombaba desde dentro. A sacudidas. Transportaba un mar furioso. Salado. Un mar de pis.

–¡Diosanto! Algunos camioneros mean en botellas de plástico y las tiran por la ventanilla. Para no parar. Los arcenes están repletos –leyó ella en el móvil.

–La próxima vez les prestamos uno de estos.

El padre alzó el bolso con los pañales, se lo colgó en el hombro sin hijo y acabaron de pertrecharse para cruzar el parking desierto. Salvo otros seis vehículos, nadie más andaba por ahí. Con ese frío. Con ese cierzo que doblaba farolas y los empujaba a favor hacia el restaurante. Un favor a medias en el caso de ella, pues el vendaval le sacudía la melena ante los ojos y debía orientarse a ráfagas, entre mechones, con mil bolsas en una mano y un hijo en la otra. Se abrieron las puertas del área de servicio y cesó al fin la expedición, doble en ella: acababa de atravesar aparcamiento y cabello. Luz blanca. Tintineo. Paz breve de recibidor. En cuanto se abrieron las segundas puertas, los productos más caros, feos e inútiles del mercado les dieron la bienvenida. Tras una primera reyerta con el hijo pequeño, empeñado en hacerse con un llavero-navaja-toro, y una segunda con el mayor que exigía una partida en el pinball más fugaz de la historia, llegó la tercera. Ante los lavabos. Tres carteles en la puerta del femenino: círculo + triángulo = mujer, círculo + cuadrado = bebé, circulo + círculo = discapacidad. Y uno en la del masculino: círculo + rectángulo. Los niños exigieron entrar en el de hombres. Como hombres. Con el hombre.

–¿Puedes solo? –preguntó ella.

El padre asintió como un circunspecto círculo sobre un estable rectángulo, y recibió una misión añadida.

–Los calcetines del peque, cámbiaselos también, porfa –le dijo ella.

El tipo de frase erótica que solían intercambiar últimamente.

Los chicos desaparecieron en su baño de chicos y ella, en el suyo de tanta gente: mujer, madre, discapacitada, minusválida, diversa funcional o como diablos se quiera expresar que el mundo no está adaptado a ciertas cosas. Desde que tenía hijos se sentía exactamente así, como en los tres carteles, pero cuando estaba sin ellos. Ansiosa de converger también en una señal inequívoca.

Metió las manos en el agua, pulsó el expendedor de jabón y un chorro viscoso y rosado se deslizó por la boquilla. Soltó un gemido. Dio un paso atrás. El segundo embarazo le había proporcionado un hijo y aversión a la fresa. Sacó el botecito de gel neutro que llevaba siempre consigo y se frotó las manos con él. Se quitó la blusa y se puso un jersey. Se lavó la cara, se esponjó el pelo, pero no había manera. No es que le cayera mal esa mujer del espejo, pero prefería tratarla dentro de diez o quince años, no fastidies. Sonrió, y al sonreír las ojeras parecían consecuencia del gesto. Decidido: sonrisa al canto. Maternidad sonriente. Respecto al pelo rubio, empezaba a derivar a ceniza. Necesitaba brillo. Su madre le echaba ayer camomila y hoy le echan pis los camioneros. La vida cambia. ¿Avanza?

Salió del baño antes que ellos y les habló desde fuera. Sonriendo.

–¿Cómo vais?

–Nosotros bien. ¿Y tú? ¿Tú estás bien? –dijo el padre.

–Sí. ¿Por qué? ¿Por qué no voy a estar bien?

–¡Por la fresa, mamá, la fresa! –gritó el mayor.

La ablandó. Colmó de sentido su sonrisa estúpida. Esos chicos la conocían de verdad y sabían mejor que nadie cómo llevarla.

Ignorarla cuando se compraba un vestido «que a ver para qué». O prestarle excesiva atención cuando las tinieblas cotidianas teñían de oscuridad su existencia. «Nada tiene sentido», se hundía si en un intervalo de menos de seis horas, alguien cuestionaba su simpatía y no encontraba las llaves, por ejemplo. Los pequeños dramas se le daban mucho peor que los grandes. Las grandes tragedias no le exigían tomar decisiones. Se lo impedían, más bien, y bastaba con mirarlas de frente. Las mil y una minucias eran lo que la enervaba. De rostros tan minúsculos que resultaba imposible distinguirlas.

–Los calcetines no estaban mojados –dijo el padre al salir.

–¿Y el camionero? ¿Estaba el camionero ahí dentro? –preguntó ella.

–No. Ni mojado ni seco. El muy meón se habrá quedado en la cabina. Durmiendo. Con la vejiga ligera.

–¡Mamita! –El pequeño se echó en brazos de la madre.

–¿Ves? –El mayor le enseñó sus manos limpísimas. Palma y dorso. Dorso y palma–. La fresa es buena. –La desafió.

–Y tú más –le contestó ella.

Se repartieron hijos y bultos y entraron en la cafetería desangelada. Ni doce personas en semejante local. Cogieron una bandeja porque era obligatorio cogerla y siguieron el estrecho pasillo balizado hasta la caja con dos simples cafés. Y dos niños y bolsas y bultos y más bultos. Les enervaba llamar la atención, no iba con su carácter, pero los cachivaches golpeaban aquí y allá, los niños se excitaban. Más aún cuando el pequeño volvió a atisbar el llavero-navaja-toro en el expositor junto a la caja.

–No, cariño. Otro día. Hace pupa. ¡Mira qué graciosas! ¡Mira!

La madre trataba de convencerlo, de desviar su atención hacia unas esponjas cara rana, pero el crío en brazos berreaba, pataleaba, tensaba el cuerpo hacia atrás y había que sujetarle la espalda con fuerza para que no se tirara.

–¡Las esponjitas rana son lo mejor! –intervino una voz ajena.

Rotunda.

Ella se giró un poco molesta por la intromisión, pero el niño se había calmado y la ofensa derivó en gratitud.

Metro noventa, camisa de cuadros, chaleco, tripa, mochila y sin embargo, algo fallaba. Algo inadvertido. No la botella. Llevaba una botella de litro. De agua. De momento.

–¿Sabes que los camiones se limpian con esponjitas rana? –El hombre chasqueó los dedos ante el rostro del pequeño y orientó su mirada hacia el parking. Al otro lado del cristal, el viento sacudía la lona azul del remolque con violencia. La hinchaba y la deshinchaba. Cimas y valles en furibunda alternancia bombeaban las hojas y ramas que caían encima. Era un espectáculo fabuloso.

–¿A que parece un mar requetenfadado? –dijo el hombre.

–¡Camión dinosaurio! ¡Camión pis! –Empezó a aplaudir el pequeño.

El hombre achicó los ojos. Miró a la madre.

–Cosas de críos –dijo ella.

Le agradeció haber tranquilizado al niño, pagó y se sentó en la mesa con su familia.

–¿Lo has visto? Tiene que ser él –dijo.

El padre atisbó al sospechoso en la distancia. Hablaba con la cajera:

–Poco te dejas caer –dijo ella.

–Si me cae la lotería, compro esto y te hago jefa.

–Si me haces jefa, tortilla gratis.

–Qué menos, ¿no? –Había complicidad–. Cóbrame el agua, anda.

Tenía la voz recia. O más que recia, bitonal. Grave en la base, pero aguda en el disparo, de forma que la proyectaba sin apenas esfuerzo. Como una trompeta. Era una voz rural. De campo abierto. Capaz de llegar lejos. Se dio la vuelta y ellos apartaron la mirada. Se concentraron en alimentar a sus hijos.

–¿Nos ha visto?

–No creo.

–Son ustedes, ¿verdad?

El desconocido estaba en pie ante su mesa.

–¿Nosotros qué? –dijo el padre muy tenue, con la intención de que él redujera también el volumen.

–¡¡Que les debo una disculpa!!

En vez de atemperarse, el sospechoso se expresó aún más enérgico. Compensaba así el tono melifluo de su contertulio. De seguir así, todo el mundo iba a saber que se les había meado encima.

–¡Le entendemos! ¡No hacen falta disculpas! –habló ella a gritos–. ¡¡Pero entiéndanos usted a nosotros!! –¿Por qué había dicho eso?

–Les entiendo, y en compensación, les he traído este detallito –habló más bajo por fin–. ¿Me permiten? –Tomó asiento con ellos.

Se metió la mano en el bolsillo y fue a plantarla sobre la mesa, pero el padre interceptó el movimiento ascendente. Sujetó el brazo del hombre y mantuvo puño y detallito bajo el tablero. A pesar de que el camionero poseía más vigor, lo había pillado desprevenido. Menos mal. El detallito consistía, ni más ni menos, en el llavero-navaja-toro por el que peleaba su hijo menor desde que habían entrado.

–¿No ve que tiene dos años? –le susurró.

El hombretón se encogió.

–¡La navaja! –insistió el padre.

–Madremía. Ni la había visto. Disculpe. De verdad. Yo solo quería disculparme. Por el retraso. Disculpen. –Se volvió a guardar la navaja, se quitó la mochila y extrajo de ella una caja. La plantificó sobre la mesa, sin soltarla–. ¡Aquí las tienen! ¡Por fin! ¡Sus magdalenas de Soria! ¡Las mejores del mundo! –recuperó el volumen.

Pero le oyeron lo justo.

Un bramido mucho mayor, a medio camino entre lo mecánico y el Jurásico, retumbó tras los cristales. El camión dinosaurio se había despertado, se desperezaba y empezaba a moverse. Avanzó un poco, reculó otro poco, giró las ruedas, volvió a avanzar y abandonó el parking con un nuevo rugido, con su mar de pis a cuestas.

–¡Se va! ¡Se va! –dijo el mayor.

Se levantó de golpe y derramó el café de su padre.

–¡Qué haces, cuidado! –El padre apartó al chaval de la mesa y del líquido ardiente.

El pequeño arrancó a llorar con la marcha del camión dinosaurio.

–Vamos a ver. ¡¿Pero no es usted quien se nos ha meado encima?! ¡¿El de la botella de pis?! –soltó la madre.

Todo el mundo se volvió a mirarlos y el desconocido recogió la caja en la mochila y la cerró a medias. Los tirantes. Llevaba tirantes bajo el chaleco. Eso era lo que no encajaba.

–¡En absoluto, señora! ¡Me temo que ha habido una confusión! ¡Lo lamento muchísimo, pero yo no soy la persona que buscan! –contestó.

Se levantó, se acomodó en la mesa donde había dejado su botella y ellos abandonaron la cafetería. Salieron al parking. Caminaban ahora contra el vendaval, debían invertir más fuerza,

pero ella lo prefería. El aire en sentido opuesto le despejaba la cara y podía ver con claridad. La zona de vehículos pesados. La ausencia del camión azul dinosaurio que ocupaba mucho más que el camión. El planeta entero. El universo es ausencia, pensó. Pero ausencia de algo. De camión. Esta vez.

Encajaron los bultos en el maletero, insertaron a los niños en las silletas, el padre se puso al volante, la madre metió una pierna en el asiento del copiloto, metió medio cuerpo y se detuvo.

–Espera –dijo.

–¿Qué? –dijo él.

–Que me he dejado algo en los baños.

Sacó el medio cuerpo, sacó la pierna, corrió a través del viento y del pelo, se abrieron las puertas automáticas del área de servicio, buscó al hombre y se sentó frente a él.

–Enséñemelo.

–¿Qué?

–Lo que lleva en la caja.

–No es para usted.

–Ya lo sé.

–Magdalenas. Son magdalenas de Soria. Las mejores del mundo. Ya se lo he dicho.

–Mentira.

–Entonces son tortas, ensaimadas, rosquillas, trenzas de hojaldre. Lo que usted desee.

–¿Las galletas respiran?

–¿Cómo?

–Esa caja lleva respiraderos.

–¿Cómo?

–Agujeritos para que entre el oxígeno.

–No es cierto.

–Enséñemela entonces.

–Déjeme en paz.

–Se la compro.

–No puede. Está apalabrada.

–Le pago el doble.

–¿Cuatrocientos?

–¿Lo ve? No son magdalenas. Las magdalenas están a tres veinte.

–Señora, la están esperando –dijo el hombre de los tirantes.

Pretendió que ella mirara al lugar donde él miraba. Pero no lo hizo. Sabía de sobra que ahí fuera estaban su marido y sus hijos. En el coche. Clavó la mirada en los ojos del hombre. Inexpresivos. Negros. Dos chinchetas oscuras insertadas en el enorme corcho de su tez donde aleteaba algo intermedio. Ella se puso en pie y caminó hacia la salida con decisión.

–¿Paraguas o parapises, cómo se dice? –gritó el hombre.

–Gilipollas –masculló ella.

Regresó al coche con las manos vacías.

–¿Y lo que te habías olvidado? –le dijo él.

–No lo sé. No me preguntes.

–Ok.

Arrancaron.

Circularon sin hablar un buen rato y los niños comenzaron a gruñir.

–Venga. Vamos a jugar –resolvió ella–. Hay una cosa escondida en la caja, ¿cómo se lla-Ma?

–Ceta –dijo el mayor–. Ñana –volvió a decir–. Leta –chivó a su hermano pequeño.

–Leta –dijo el pequeño.

–Rrano –dijo el padre.

–Eso no vale.

–¿Por qué?

–Porque es cochinada –dijo el mayor.

–Porque tú lo digas. En este coche sí vale –dijo el padre.

Preso de la emoción, de la transgresión, el mayor botó en el asiento.

–¡Reiniciamos entonces! –dijo ella–. Hay una cosa escondida, ¿cómo se lla-Ma?

–Rrano, cerdo y cochino –insistió el padre.

Risas, alboroto, agitación de cuerpos crecientes.

–¡Mita! –se aventuró por fin el pequeño, y acertó de lleno.

Eso era lo que había en la caja.

Ella se giró y le lanzó un beso. Volvió a mirar al frente. Hacia un lado. Bajó un poco la ventanilla.

–No estés triste, mamá. Igual crees que lo has perdido, pero no lo has perdido y está por aquí –le dijo el mayor.

Enero

Vidas pachuchas

Recojo gatos pachuchos. Los lavo, los curo, les doy de comer y subo sus fotos a internet para que la gente me eche una mano. Pero nadie me echa una mano. La gente es egoísta. La gente no da un euro ni por Julián, mi nuevo chiquitín. Le falta un ojo, su ausencia impacta y ni siquiera eso es lo peor, sino que en realidad no le falta. Lo lleva colgando como un cascabel y yo solo quiero que se lo corten y le pongan otro: de cristal, un parche, un botón. Lo que sea. Quizá, usted, como presidente de la comunidad de vecinos, pueda colaborar y, de esta forma, cunda el ejemplo. Yo misma haré pública su donación. La escribiré en una hoja y la pegaré en el ascensor. En el espejo. Con celo. La gente debe saberlo. La gente es tan narcisista, señor presidente. Créame. El mundo no cambia si no lo cambiamos nosotros. Que no ha llamado a mi puerta por esto y que me espera en el bar de abajo porque aquí no aguanta el olor. Lo entiendo. La falta de costumbre. ¿Pero en serio no quiere ver a Julián antes de irse? Enamora a cualquiera, se lo juro. Además, lleva usted uno de esos pantalones de lanilla contra los que adora restregarse. Ya verá. Lo meto en el trasportín y nos lo bajamos. Me da miedo dejarlo solo. Podría confundir su ojo colgante con una pelotita, metérselo en la boca y atragantarse consigo mismo. ¿Se imagina? Que ni se me ocurra cogerlo. De acuerdo. Me visto en nada y bajo rápido. Hasta ahora. Siempre lo mismo. Esta escalera, esta ciudad, el planeta entero plagado de fatuos, de engreídos. Se creen superiores, pero yo sé muy bien de qué van. Conozco a los presidentes de comunidad como si los hubiera parido y es mucho curro, lo sé. Un cargo rotatorio que los vecinos aceptan porque les toca, pero yo no. Yo rechazo cualquier cosa que me pueda otorgar distinción porque todos. Somos. Iguales. Igual de capaces, igual de chapuzas, y si el del quinto tiene goteras que se las arregle él mismo o que llame a un fontanero. Parece fácil, ¿verdad? Pues no. La gente necesita un presidente. Alguien en quien delegar, alguien que les

haga el trabajo sucio y que se plante en la puerta de mi casa a cantarme las cuarenta. Ni se ha quitado las gafas de sol el señor don presidente. Hemos perdido la iniciativa. La trascendencia. Yo, en cuanto veo un gatito apesadumbrado en la calle, sé para qué he venido a este mundo y no es para discutir por mi vecina de abajo: Anamari Gómez, primero derecha, cinco hijos, viuda, patio interior. Un descafeinado, gracias. Escuche, señor presidente, si nos ponemos así, a mí también me molesta Anamari Gómez. Sus hijos, sus gritos, su coliflor diaria que apesta. Mis gatos maúllan, cierto; huelen a gato, cierto; se deslizan por las cañerías hasta su patio y tal vez orinen en sus macetas, cierto. En todo caso, son hechos esporádicos que ella y yo podríamos solucionar sin intermediarios, y escuche. Seguro que Anamari Gómez no le ha contado lo que yo le voy a contar. En vista de las incursiones de mis gatos en su terraza, hice un pastel de moras y bajé a su casa a arreglar el asunto. A hacer las paces. Las dos tenemos los mismos metros cuadrados, así que le propuse un intercambio de casas. Ella tendría más luz al subir al segundo y mis gatitos un patio al bajar al primero. «Mis hijos también necesitan un patio –me contestó de malas maneras–. Además, este pastel de moras no compensa ni de lejos la porquería de tus gatos. Es más, me recuerda a sus heces». No soy buena repostera, lo sé, pero al menos, intento comprender, señor presidente. Vano afán. Regresé a mi casa y, a pesar del desplante, seguí cavilando sobre la forma de acercarme a ella, de solucionar nuestras desavenencias. Y di con la fórmula. Una fórmula magistral. Escuche. Si en vez de llamar a mis gatos Pupi, Ñoño o Chispita, los llamaba con nombres humanos como Adriana, Celia o Julián (el del ojito colgante), seguro que Anamari Gómez caía en la cuenta de que sobre su techo habitaba otra familia normal. Corriente. Como la suya. Con sus claros y sus oscuros. Con sus ausencias y sus presencias. ¿Sabe qué ha sucedido? Que desde entonces aún está más irascible. Lo del gancho. Que ella ha insistido en lo del gancho. De acuerdo. Me lo temía. Vamos allá, y ahora présteme mucha atención, por favor. Anamari Gómez no atiende mis llamadas. Anamari Gómez no me abre la puerta. A mí, a veces, se me cae la ropa tendida en su patio, necesito recuperarla y no he podido hacer otra cosa que acoplar dos palos de escoba y añadir al final ese gancho con el que intenté recoger la mantita de José Antonio. El pobre no puede dormir sin ella, se me escurrió mientras la tendía, cayó al patio, la prendí con el gancho y cómo iba a saber yo que

debajo había un crío. El hijo pequeño de Anamari Gómez. En serio, el chaval apenas se elevó unos centímetros, y no es por ponerme medallas, pero sonreía y hasta parecía divertido. Sobra decir que en cuanto advertí que el peso provenía del niño y no de la humedad, lo solté, aquí lo admito, quizá con una diligencia excesiva. Por el susto. Por el miedo a las represalias. De hecho, por eso está usted aquí. Seamos honestos, señor presidente. Cuando a un crío le pasa algo todo el mundo pone el grito en el cielo, se lleva las manos a la cabeza, le proporcionan besos, medicinas, artículos en la prensa. Cuando a un gato le pasa algo, nada. Nadie. Nunca. El mundo los abandona y ahí se queda el pobre gatito, vagando por la calle con sus trastornos y sus parásitos, sin ojo, sin madre, sin un alma caritativa que le preste cobijo. Vamos a ver: ¿qué hacia ese niño tan solo y tan pequeño en el patio, desatendido? ¿No será a su madre a quien deban retirarle la custodia y no a mí? Basta de paños calientes. Tener tantos hijos constituye una absoluta falta de responsabilidad. Casi un crimen. Todos podemos morir como murió su marido y si Anamari Gómez desaparece ahora, qué será de sus cinco cachorros. Las cosas hay que hacerlas bien, señor presidente. O no hacerlas. Mire. Yo tan solo tuve un hijo, creció, se largó de casa y le va de maravilla. Ha aprendido a valerse por sí mismo y jamás viene a pedirme nada. Ni el plato de comida que le sigo poniendo en la mesa. Nunca. Jamás viene. Voy a serle muy directa, señor presidente. ¿Sabe qué es lo que le pasa en verdad a Anamari Gómez? Que cuando sus hijos me ven así de dulce, alegre y cariñosa con mis gatitos, desean que yo sea su madre y esto, a ella, le revienta. No digo más. Si usted lo considera, firmo ya el desalojo de mis treinta y cinco mininos: Adriana, Celia, José Antonio, Pepe, Domingo, Lucía, Berta, Horacio, Susana, Manuel, Jordi, Laura, Iñaki, Arancha, Chesús, Chus, Lola, Leo, Elisa, Elena, Rosana, Rufino, Encarnación, Asís, Roberto, Francisca, Esther, Amaya, Ismael, Raúl, Jorge, Alfredo, Aitziber, Nerea y el recién llegado Julián, el tuertito. Ay. No puedo parar de pensar en él. En su ojo colgante. Debo subir rápido y curárselo antes de que se atragante. Si le dejo bien el ojito saldrá adelante tras el desahucio. Como un campeón. Estoy absolutamente segura. Y usted también. Lo adivino en su cara a pesar de que no se ha quitado las gafas de sol ni un segundo. Ni aquí, dentro del bar. Usted sabe tan bien como yo que los gatos pachuchos le echan huevos a la vida cuando hace falta.

El señor presidente extendió los impresos sobre la mesa, los rellenamos y ahora dudo sobre su validez. El hombre comenzó a llorar tras uno solo de los cristales, las lágrimas resbalaron por una sola de sus mejillas, se descolgaron por un solo flanco y emborronaron justo el lugar donde yo acababa de firmar con mi nombre y él con el suyo: Julián.

Febrero

Tener cabeza

–Lo que hace falta son dos cabezas. Una que mire adelante y otra que mire hacia atrás –dijeron.

Recuerdo muy bien la frase y que después brindaron y optaron por dos cabezas de caballo y elaboraron patrones y compraron fieltro y llegado el día, mi madre me había cosido mal el disfraz, así que mis dos cabezas de caballo, en vez de mirar adelante y atrás, miraban a un lado y al otro.

–Ya no da tiempo –dijo.

Cortó el hilo con los dientes, me puso el abrigo, se puso el abrigo y salimos de casa. La verdad es que a mí me importaba un pepino hacia dónde miraran mis cabezas, pero me disgustaba llamar la atención. Empecé a andar a través con el fin de alinearlas en la trayectoria adecuada.

–Camina normal, haz el favor. Ya lo arreglaré cuando lleguemos –dijo mi madre.

Normal, dijo.

Llegamos a la sala y sucedió exactamente lo que yo esperaba. A todos mis amigos se las habían cosido bien, y nada más entrar, sus cabezas examinaron la ventana de enfrente y la puerta recién cruzada, mientras que las mías recabaron en la mesa de la merienda a un lado y en el señor agazapado tras el perchero al otro. El desconocido se asustó cuando lo miré, pero no dijo nada ni yo tampoco. No quería estropearle el momento a mi madre. El mensaje que pretendía transmitir a través de nuestro disfraz: «Hay que conocer los errores del pasado para no repetirlos en el futuro». A día de hoy sigo pensando lo mismo sobre esta frase. Que no tiene

sentido, que es una estupidez, o cuando menos, que se trata de una advertencia tibia. Disponemos de una gama de errores tan profusa que resulta prácticamente imposible repetirlos.

Todos los carnavales sucedía lo mismo. Mi madre y su grupo de amigas tenían que ser las más ingeniosas y la más trascendentes porque varias de ellas habían estudiado, no ejercían y se quitaban así el gusanillo. Había como mínimo dos abogadas, tres economistas, una química, dos diseñadoras y una especialista en tantrismo. Mi madre se declaraba filósofa. En activo. «Alguien que le da a la mollera no debe pasarse la vida apolillándose en un despacho», decía. Ella quería que la gente pensara. Llevar la reflexión a la calle, a la cocina, a los jardines, a los comercios, al día a día de las humildes criaturas. Y a mí en particular. «Las jirafas tienen las patas tan largas porque si no, no llegarían al suelo. Piensa», me repetía desde la infancia. Y yo pensaba en jirafas mientras grapaba y empaquetaba sus eternas reclamaciones de más de cien folios a compañías telefónicas. Reclamaciones inútiles, pues nos seguían cobrando de más, y este sobrecoste se deducía de mi ración mensual de chocolate. «Si no como chocolate se me encogerán las piernas y no llegaré al suelo, como las jirafas», argumentaba yo entonces. Ella sonreía condescendiente, me acariciaba el pelo y no abría ningún paquete con chocolate sino un enorme vacío bajo mis pies. Nunca en terreno firme a su lado.

Aquel carnaval mi madre nos agrupó en la sala, subió al estrado y presentó al público nuestro disfraz de dos cabezas. «¡Si no queremos repetir nuestros errores, hay que mirar hacia delante y también hacia atrás! –arrancó el discurso–. ¡Observadlos y comprender! –Éramos unos quince. Nos observaron–. ¡Quien olvida su historia está condenado a repetirla!», citó a Santayana, a Churchill, a Victoria Kent, a varios que no recuerdo. A Pepa Pig para distender el discurso y cuando llegó a Goya me hizo un gesto con la mano. Di un paso al frente. «¿Sabéis qué sucederá si no lo hacemos así? ¿Si en vez de mirar adelante y atrás, miramos a un lado y al otro? Que surgirán monstruos. Terribles monstruos. ¡El sueño de la razón produce monstruos! –Me señaló–. ¡Deformes, indecisos, vacilantes, irresolutos, volubles, perplejos!». En momentos así el hechizo de mi madre se apoderaba de mí. Qué inteligente, qué sagaz, qué perspicaz manera de arreglar su error de

costura. «¡Acabemos con el maldito monstruo!», elevó entonces la voz y una bola de papel impactó contra mi cuerpo. «¡Irresoluto! ¡Perplejo! ¡Voluble!», me gritaban. Me lanzaron plátanos, bocatas, vasos de plástico, la merienda entera. Se armó tal trifulca que la gente empezó a marcharse y a preguntar dónde estaba su bolso, su abrigo, su cartera. Faltaban prendas en el perchero y también faltaba el hombre que yo había visto agazapado tras él. No dije nada. Nosotras salimos con todo. No hay nada más importante en esta vida que no chivarse y ayudar siempre a tu madre.

Ha pasado el tiempo, dirijo una compañía telefónica y aunque ya no vivo con ella ni apenas nos vemos, me siguen enterneciendo las reclamaciones que nos envía. Cada vez menos extensas. Cuarenta folios la última. Está perdiendo facultades y por eso las respondo personalmente. Le echo una mano con los números. En la esquina inferior izquierda, de mi propio puño y letra, el tanto por ciento menos de ración de chocolate. Y otras cosas.

Primavera

Marzo

Dientes

Fui al dentista por una sospecha.

–No se preocupe. No tiene ninguna caries –me dijo la odontóloga.

–¿Y usted? ¿Usted no tiene ninguna aventura con mi marido?

Son los celos. Lo sé. Pero las cosas no son como imaginamos y menos aún como las contamos después. La dentista tenía las manos y el aspirador en mi boca, así que no pude hablar. No pude formular esa pregunta con la boca tan llena y a lo sumo, asentí guturalmente mientras ella me explicaba otras cosas. La razón de mi sospecha. Del hueco que yo notaba.

–No se preocupe. No tiene ninguna caries. Lo que sucede es que la encía se ha retraído y se ha abierto un espacio bajo la corona de la muela. La parte interior de la pieza queda al descubierto y ese es el lugar donde usted percibe el hueco.

–¿Y usted? ¿Usted no percibe nada?

Impreciso.

–¿Y usted? ¿Usted no percibe un hueco en su vida?

Impreciso.

–¿Y usted? ¿Usted no percibe un hueco en su vida y lo está llenando con mi marido?

Sí. Esta fue la pregunta.

–¿Disculpe? –respondió la dentista. Había retirado de mi boca

las manos, pero el aspirador y la anestesia seguían ahí. No me entendió–. Enjuáguese –me dijo.

Me enjuagué y escupí en el mini lavabo, que sorbió el líquido de un modo sonoro, violento, con muy poca educación.

–Dígame, ¿usted no tiene ninguna aventura con mi marido? –pronuncié por fin alto y nítido.

No lo bastante para aplacar el ruido de un timbre y de una puerta que se cerró de golpe detrás. La odontóloga acababa de abandonar la consulta. Cambio de turno. Permanecí recostada, entró otra dentista y todavía era más joven, más guapa. Me hundí. Los celos provienen de la falta de autoestima. Lo sé. Pero qué puedo hacer si siempre sonrío más de la cuenta, si tengo el flequillo rizado, si no me he doctorado en Metafísica, ni en Biomaterial, ni en Transrobótica, ni he firmado mi tesis con un besito Pure Carmin Glam. Amiga, si no has leído a Deleuze y Guattari con manicura multicolor no tienes nada que hacer.

Salí de la consulta hecha polvo y caminé por las calles sin rumbo, sumida en el desaliño, en la oscuridad. Mi lengua no podía parar de indagar en el hueco y escenas de una higiene dudosa bombardeaban mi cerebro.

–¡Anestésieme! –decía mi marido.

–¿Tiene suficiente con esto? –respondía la dentista.

Exhausta, me senté a respirar en un banco. Miré alrededor. No sabía dónde estaba y pregunté a una viandante.

–Disculpe, ¿sabe usted qué calle es esta?

–¿Y usted? ¿Sabe usted que se está tirando a mi esposo? –me contestó.

–No soy odontóloga –le respondí.

Esto pareció tranquilizarla, aunque no del todo. Me examinó con detenimiento y siguió su marcha ofuscada. Otra mujer cruzó ante mí cabizbaja. Y otra. Y otra. Todas bajo el mismo signo del

desconcierto. Se acabó. Dejemos de mirar al suelo y empecemos a mirar hacia atrás de una vez. A repasar la historia, el álbum familiar, los cajones, la ropa que dejamos de usar y la que hemos remachado hasta la transparencia. ¿Y si lo único valioso fuera hacer lo que sabemos hacer? ¿Y si la gran virtud consistiera en dejarnos llevar por lo fácil? La ciencia infusa existe. Alguna clase de gracia. Todo el mundo nace con una habilidad natural, con un pan bajo el brazo, con hélices, con ecuaciones, con estrofas. Usar solo el esfuerzo como unidad de medida engrandece el desconcierto y corrompe la inclinación natural. Pero no acaba con ella. La habilidad natural resiste en un cuarto sin ventanas, al fondo de la casa, y la luz de ese cuarto nunca se apaga.

Me levanté del banco, caminé por calles ignotas y encendí la luz del pasado. Se apagó. Volví a encenderla. Se apagó. Pasé frío, pasé calor. Había algo térmico en mi cualidad innata. El día que me casé llegué tan pronto a mi boda que casi contraigo nupcias con el novio de la boda anterior. De niña, mis hermanos mayores me destrozaban los juguetes porque me ponía el pijama antes que ellos y en el vestuario del instituto, hacía los deberes a mis compañeras mientras ellas aún se estaban duchando. En situaciones así me sobraba el tiempo siempre y me sobraba por una simple cuestión: nadie en el mundo se vestía ni se desnudaba tan rápido como yo. En eso era un rayo y en gimnasia una tortuga, aunque esto era por las tetas. Por correr despacio. Me botaban, se reían y había aprendido a sobreponerme proyectándolas en un futuro cual garantes de fidelidad hacia mí. Y mírame ahora. Mírame. No decaigas, no entres ahí, me dije. No entres. Pero caí. Y entré. En el Club de estriptis del barrio y salí con un contrato. Nunca había ganado tanto dinero ni así de fácil. Me desnudaba y me vestía con tal rapidez que podía multiplicar las sesiones. Recibía aplausos. Ramos de flores. Me convertí en la estríper más veloz del planeta y el público acudía al espectáculo como quien acude a un desafío. Apenas podían distinguirme sin ropa y eso los estimulaba. En media hora, seis sesiones, diez, doce, quince. Un día mi esposo vino a buscarme. Se subió al escenario, hizo lo que tenía que hacer y el éxito fue tal que lo incorporamos al número. Ahora mi vida es perfecta. Siempre lo tengo a mi lado y cuando acude al club la odontóloga, la miro altiva desde el escenario. Ladra, le digo a mi esposo. Y él ladra y le gusta. Seguro siempre de sí mismo, con la dentadura perfecta.

Abril

Gracias por no mandarme a la mierda

–Definitivamente, he decido llevar una vida de guapa –dijo mi amiga.

Y un hombre se acercó a nuestra mesa:

–En primer lugar, gracias por no mandarme a la mierda. Lo digo por mi pinta. Es lo que tiene. Ya sabéis. Dormir en la calle. Mirad qué pantalón. Rajado.

Mi madre hablaba por esa boca. A mi edad, yo no debería llevar pantalones rajados. Apreté las aberturas.

–Si pudierais darme unos céntimos –continuó.

–No –contesté–. No tengo suelto. Lo he gastado en un mechero. Fucsia.

Fucsia en vez de morado porque yo soy feminista, pero mi amiga aún es más. Es más lista. No pillé el morado por eso. Las jerarquías todavía me imponen.

Ella sacó unas monedas y se las dio sin decir ni mú. Siguió callada.

–¿Qué pasa? –le pregunté.

–Que ese tío no hablaba de tus pantalones.

Solté las manos y las rajas de las rodillas volvieron a abrirse como dos bocas. Aire. Rabia. Ella siempre tenía que dar en el clavo. Ella era la voz imparcial, la razón objetiva, la lechuza con gafas, mientras que yo. Yo siempre pensaba que el mundo estaba en mi contra y así no había manera. Empezó a apresarme una angustia

que el hombre interrumpió de inmediato.

–En primer lugar, gracias por no mandarme a la mierda –repitió–. Lo digo por mi pinta, caballero.

Caballero. Deslicé la mirada. En la mesa de al lado, un anciano con dos señoras que podrían sacarse los pechos y hacerse una lazada sin lograr captar su atención, pues su objetivo era otro: agradarlo solo a él, al caballero. No lo consiguió y acabó de la siguiente forma: «Excelencia, sobraba la displicencia». Toma ya. El hidalgo altivo y el pícaro hiriente, el dueño de la rima que incide con la palabra porque las palabras son gratis. Son suyas. Ese hombre pedía porque se había ido de la lengua más de una vez. Más de dos. Doscientas. Dos mil millones de veces. Me vino a la cabeza una canción larguísima que machacábamos en los viajes escolares. Se llamaba El árbol de la montaña y empezaba hablando de un árbol, de una rama en el árbol, de un nido en la rama del árbol, de un huevo en el nido de la rama del árbol. A base de incluir elementos, la enumeración crecía y podíamos prolongar la letra hasta el infinito. La amiga en la silla, la silla en el bar, el bar en la ciudad, la ciudad en la historia, en la historia las familias de bien y en las familias de bien, mi amiga con unos pantalones tan rajados como los míos, pero que daban fe, por contraste, de su lucha contra el sistema, contra el capital, contra el consumismo.

–Es cierto. A lo mejor no hablaba de mis pantalones sino de los tuyos –le contesté.

Alargué la canción un poco. Y en las familias de bien, las familias de menos bien, trabajando para ellas: mi familia. Currando a lo bestia para darme un sistema, un capital y unos pantalones completos. Yo también me he rebelado. Claro que sí. Lo que pasa es el árbol. Lo que pasa es que cuando sospechan de mí en las perfumerías, cuando el vigilante me sigue en el supermercado, cuando cabe la posibilidad de que un mendigo haya repudiado mi aspecto, no es a mí a quien humillan sino a mis padres, su esfuerzo, sus esperanzas puesta en mí. Apreté de nuevo las aberturas de mis perneras. Con más fuerza. Mi reino por una grapadora.

–Averigüémoslo –dijo ella. Siempre ecuánime–. Escuchemos si le habla del pantalón a todo el mundo.

El hombre abandonó la mesa del caballero y reinició su trajín en la siguiente y en la siguiente. Arrancaba siempre con la colosal frase de mierda, pero después el tono bajaba y no había manera de oírlo. «Gracias por no mandarme a la mierda». «Gracias por no mandarme a la». «Gracias por no». Su actuación perdía impacto conforme la gente se ponía en guardia, y cuanto menos impacto, menos voz. Los riesgos de repetirse y se elige repetición sin embargo, atenuada, eso sí, por ciertos matices que confundimos con lo que somos por la simple y tonta razón de haberlos elegido. Lo mismo para todos y un detallito especial en tu honor, cariño. Personalizar lo llaman. No personal. Lo personal es hablar de cosas que no le interesan a nadie, salvo a ti, con alguien a quien tampoco le interesan, salvo por venir de ti.

Mi amiga y yo nunca hablábamos de lo que teníamos sino de las cosas que no habíamos hecho, pero seguían palpitando. Cosas excepcionales como «nunca me he hecho un tatuaje» o «jamás he acogido a un menor saharaui», y en la siguiente cita, ella aparecía con un dragón en el brazo y un niño en la mano. Risa o nostalgia en mi caso. Nada más. Yo no atribuía a esas cosas mayor importancia. Yo había aprendido a vivir sin ellas y al fin y al cabo, el hombre no vive de euforias. Pero ¿y la mujer? ¿Vive la mujer de euforias?

–Veinte años con el mismo tío también es poliamor –solté–. Depende del enfoque: muchas personas el mismo día o muchos días con la misma persona. El orden de los factores no altera el producto –me puse estupenda–. Cuatrocientas parejas idénticas bailando juntas en el mismo granero. Como en esa película vieja. Siete novias para siete hermanos.

–En ese caso no sería poliamor sino convivencia múltiple, crianza compartida –dijo ella.

Accioné mi mechero fucsia. Zik, zik, zik / Zik, zik, zik. La llamita iba y venía. Iba y venía. La llamita estaba nerviosa, como yo, ante la sabiduría simpar de mi elocuente amiga y de su juicioso mechero morado. Jugar con él atenuaba mi impulso de agarrarla por las solapas y gritarle: «¡Venga, dilo ya! ¡Di lo mierda que soy!». Porque ella lo sabía de sobra. Porque ella también había sido una mujer de marido, nómina e hijos hasta que se echó una amante y sanseacabó. En los últimos tiempos, hasta le había dado por la

subcultura del placer, por la anarquía relacional, por la ética promiscua. Asociaciones poligámicas, empoderamiento de cuerpos no normativos, colectivización del ano. Trabajaba un campo semiótico tan extenso que en algún epígrafe debía de andar yo.

–Definitivamente, he decido llevar una vida de guapa –dijo.

Y por fin la entendí.

–De zorra –contesté.

–¡Faltaría más!

Reímos.

De belleza lo sabemos todas todo.

De ese runrún.

Que nos fusiona.

El sol incidía en nuestra mesa, el café olía a café, el «gracias por no mandarme a la mierda» dotaba a la mañana de estribillo. Respiré profundo y me acomodé en el respaldo, en la cadencia. Armonía que multiplicó el sobresalto cuando un lacerante sonido irrumpió en la terraza y me tiré el café por encima. El líquido ardiente se coló por las rajas, me bajó por las piernas, me empapó los calcetines y mi madre tuvo razón otra vez. El extraño bramido proseguía a mis espaldas, pero bastante tenía yo con extraer servilletas de papel a puñados y metérmelas por los rotos como táctica de secado. Nadie se ocupaba de mí. Los camareros, los clientes, los paseantes, el bar entero había enmudecido. Silencio absoluto e inflexiones entre lo humano y lo animal. Entre la fuga y la obstrucción. Un orador fetichista declamaba con mordaza, el escroto de un tenor se había enganchado en una puerta o alguien con traqueotomía estaba usando el Auto-Tune. Mi amiga, extasiada por los berridos o por lo que fuera aquello, ignoraba mi estropicio. Acabé de secarme como pude, me di la vuelta y lo vi. Vi al bulldog parlanchín. Negro, chaparro, las orejas altivas, las patas en disposición de mesita de centro. El animal no acertaba a pronunciar con nitidez ningún término, pero construía su forma, el molde

exacto donde insertar las palabras a base de gruñidos, aullidos, rezongos, jadeos. Insuflaba una vehemencia semántica que conmovía. Ganas de participar en el mundo. De darle significado. Tensaba al límite los músculos del cuello y estiraba la cabeza en dirección a su dueño que asentía de vez en cuando.

–¿Entiendes lo que te dice? –le pregunté.

–Dice que Lynn Margulis mejor que Charles Darwin –respondió mi amiga en vez de él. Entrometiéndose.

–Ah. ¿Tú también entiendes al perrito? Si es que tú entiendes de todo –le dije.

–La verdad es que he descifrado cosas peores –me contestó ella.

–Estoy seguro –añadió el hombre y se hicieron cómplices a mi costa–. Yo entiendo mejor a mi perro que a la mayoría de las personas.

–¡Es que es una persona! –dijo mi amiga.

¿En serio? ¿De verdad acaba de decir eso? «¡Nada de persona! U opresor u oprimido. O explotador o explotado. O poderoso o víctima», solía reprenderme en cuanto yo usaba esa palabra y ahora resulta que los únicos que podían ser persona eran los perros. Me cagué en las personas, en los perros, en mi amiga y en la madre que me parió, por tener que darle la razón siempre. Las servilletas de papel bajo el pantalón se impregnaban de café, se me pegaban al muslo, y al intentar retirarlas a través de las aberturas, se descomponían de tal forma que no podía quitarlas del todo y los restos grumosos se fundían con las servilletas limpias que iba insertando de nuevo. Resultaba desolador. Lasaña de celulosa. Me rendí. Un agotamiento planetario. Un cansancio de siglos me arrumbó en la silla. Cerré los ojos y sucedió. Que rastrillaban el aire. Que solo lo oí a él. Ese bulldog transformaba mi turbación en ondas sonoras, táctiles, inclinadas. Temblamos y el universo grita, gruñe, ríe, murmura, solloza, pide un café o limosna. En su obstinado afán de imposibles, ese animal me había devuelto el sinsentido del mundo. La sinestesia.

Perro y hombre abandonaron la mesa.

–¡Hasta luego! –dijeron.

–¡Hasta luego! –respondió mi amiga.

Yo me levanté de golpe.

–¿Dónde vas? –me preguntó ella.

Estelas de papel higiénico emergían por las rajas de mis rodillas y por los tobillos. Arramplé con la propina que habían dejado en el platillo y busqué con la mirada al hombre de mierda. La actuación del bulldog había arrumbado por completo su discurso, nadie le daba ya nada y estaba abandonando la plaza. Corrí hacia él.

–Toma. –Le solté las monedas.

–Gracias –dijo él.

Saqué un billete de cincuenta y se lo tendí también. Alguna vez había hablado con mi amiga de esto, de esta cosa sin hacer, de darle a un pobre un billetazo.

–No.

–Sí.

El hombre miraba a un lado y a otro, parecía decidido, pero luego me examinaba y dudaba.

–¡Cógelo, joder!

Tomó el billete y me devolvió las monedas.

–Para otro pantalón –me dijo.

Mayo

Esa clase de mujeres

Esa clase de mujeres guapas, serias y con un discurso reflexivo sobre la concepción de su propia obra. Artistas. Jóvenes por supuesto. Esa clase de mujeres se la pone dura y tímida. Las mujeres de su época también fueron bellas. Y jóvenes, claro. Pero ni de lejos, discursivas. Eran vanidosas, eso sí. Aunque de un modo femenino y por lo tanto maleable y por lo tanto las mujeres de su época se la ponían dura, pero arrogante. La verdad: las mujeres de su época ya no le ponen. Ni su mujer, ni las amigas de su mujer. Ninguna. Las mira circular entre el comedor y la cocina. Llevan la risa y los escotes más amplios. Transportan vajilla, cubiertos, cierta coquetería aún de este cuarto a este cuarto. Los escotes bajan conforme los pechos bajan. Su risa es un saquito donde meter la mierda: un prodigio. Huele a comida festiva, a consomé, a croquetas, a perfume. Una botella de champán será olvidada en la nevera, un pendiente de nácar en el cenicero de concha. Ellos aún no han llegado y ellas, su mujer y las amigas de su mujer, preparan la comida, parecen felices. Apabullan sin querer –o queriéndolo solo un pelín– al hombre de la casa que ve la tele solo, arrebujado en su sillón. El cerco de terciopelo raído donde apoya la cabeza replica su coronilla. A veces dan ganas de reír y de llorar por lo mismo.

El hombre, Francisco, pulsa el mando a distancia y eleva la voz de la tele. Bromas, vajilla, cortinillas, publicidad, datos, risas. Ambos tumultos se amalgaman.

–¡Súbela un poco más que no la oímos! –le dice su esposa.

Y Francisco entiende. A tomar por saco. Sin volumen, unas silenciosas rosquillas de fibra abaten al dragón colesterol, un coche mudo derrapa al límite de un desplome y la camisa limpia y callada fulgura. Hay que ser muy eficaz si te han quitado la voz. Mantener la calma. La compostura. Francisco se estira los calcetines y las

pantorrillas ceñidas tampoco lo colman. Lleva días inquieto, turbado. No halla cobijo entre esos dos reposabrazos. Los reposabrazos de toda una vida. Se agarra a ellos, acota la respiración y lanza una mirada frontal que atraviesa como una flecha el televisor, la pared, el pasillo, la otra pared, la ventana, la flecha sale a la calle y cae herido un gorrión. Esto es pensar. He aquí el triunfo de la abstracción sobre la vida. Alguien podría morir o matar elucubrando una idea. Olvidarse un fuego encendido, saltarse un semáforo, perderse en las bocamangas de un jersey mientras se lo pone. Estallar. Francisco lo sabe bien porque Francisco se siente así desde que cambió los vídeos porno por vídeos de arte contemporáneo. Por performances. De mujeres. Y esta noche acaecerá su primera acción. En la cena. Cuando todo el mundo se siente, él se pondrá en pie, se bajará la bragueta, se sacará el pene y le pondrá un gorrito a su glande. De ganchillo. Una de esas fundas de boquilla que suelen llevar los botijos para impedir la entrada a los bichos. Colorida y tejida a mano. Algo rural en sofisticado contraste, piensa. En el trastero hay un botijo, piensa. Fantasía higiénica pastoril, titulará su performance. No. Ejército cándido de castración. No. Alzamiento irracional. Tampoco. Ganchillo y pollas, bilocación de la elle. Cielos, este sí que es un buen nombre, aunque demasiado hermético y él lo que busca son sinergias con esa clase de mujeres guapas y jóvenes que se la ponen dura y tímida y que también buscan sinergias, feedback, la implicación del espectador. Por eso no usan la tele sino redes, streaming, el segmento alternativo de una sección dentro de un marco. La mera obviedad que otorga la pornografía es agua pasada ya en su molino. Ahora examina grabaciones donde artistas serias y desnudas se instalan desatascadores en la cabeza y los mantienen en equilibrio. Vocean sobre bocinas, gatean sobre pieles de gato. A veces se quedan muy quietas generando un alto contraste entre sus pubis negrísimos y las paredes blancas de los museos. Courbet pintó algo así y lo llamó El origen del mundo.

La vida.

La muerte.

En la cocina.

A saber qué pobre animal andarán descuartizando su mujer y

sus amigas. La curiosidad gana a Francisco. Se apoya de nuevo en los reposabrazos, descarga en ellos su peso y despegadas las gónadas de la felpa, colgantes ahora en el aire, advierte que la elevación no afecta tan solo a la carne sino también al alma. Un nuevo frescor le zarandea al menos dos cosas: lo que hubo sido hasta entonces y lo que está empezando a ser: un artista de vanguardia, un hombre de hoy, un ser performático: pura acción. Camina enérgico por el pasillo, empuja la puerta de la cocina con extraordinario impulso, la hoja impacta en la pared interior, se vuelve contra él, pero Francisco la intercepta a tiempo. «Casi me das», le dice una señora cuando entra y él le pide disculpas. El resto no dice nada. Sigue a lo suyo. Sobre el fuego, una cazuela. Sobre la encimera, un centollo bocarriba que gesticula escabroso, lento, como si llevara un millón de años narrando aquellos gloriosos tiempos del mar y míralo ahora. Intenta seguir, pero se le acaba el ímpetu. El tiempo. Van a hervirlo vivo. ¡Vivo!

La mujer de Francisco se acerca a él y le susurra: «No hace falta que estés aquí». Conoce bien la aprensión de su esposo ante lo que va a suceder, pero ignora por completo que él ya no es el que era, que se está convirtiendo en otro, en un amante del riesgo, en un epígono de la empatía y la improvisación. Francisco agarra la botella de güisqui abierta sobra la mesa y le echa un trago. Puro alcohol de cocina. Basto, ardiente. Cierra los ojos, contrae el gesto, aprieta los puños y cuando el líquido accede a su estómago sufre un espasmo y expele el güisqui sobre el crustáceo. «¡Chicas, rápido! ¡Francisco ya ha anestesiado al centollo, vamos, vamos! ¡Que hierva el agua!», grita su esposa, y por lo bajo, se dirige tan solo a él: «¿Estás bien? ¿Quieres una infusión? ¿Cómo se te ocurre beber eso?». Francisco abandona la estancia. La cocina.

Ese no es su lugar.

El lugar de un intelectual. De un artista.

De alguien capaz de otorgar trascendencia a actividades tan simples como caminar. Francisco se inscribe en su movimiento. Eleva una pierna, desplaza el peso a la otra, extiende el miembro alzado, pisa y vuelta a empezar. Ese buen rollo de ahora tú, pierna derecha - ahora tú, pierna izquierda - ahora tú - ahora tú. Por eso camina la gente. El acto de andar genera fe en la justicia, en la

equidad, en el trabajo en equipo, en el progreso. Si te humillaron y humillas, si quiebras un brazo con el único brazo que te queda, si robas guantes con guantes robados se engendra confianza en el mundo, compasión. Y se requiere una cantidad colosal de confianza y compasión por nosotros cuando empezamos a querer ser otra gente. Al principio sobre todo. ¿Conocía Francisco las disidencias formales? Hace un año no, pero ahora sí, ellas se las enseñaron (las piernas). ¿Conocía Francisco el presente yuxtapuesto? Antes no, pero ahora sí, ellas se lo enseñaron (el culo). ¿Conocía Francisco la escenografía acrítica? Antes no, pero ahora sí, ellas se la enseñaron (las braguitas). Autorretrato in a few centimeters, Petite mort bajo el arquitrabe, Don't forget moi don Peppino. No acaba de decidirse por ningún título.

Ahora almacena en el móvil los vídeos. Al principio, solo usaba una libreta. Tomaba notas:

▪

Marina Abramović renuncia a su voluntad durante seis horas y la gente le q

Se oye una puerta. Su esposa y sus amigas salen de la cocina y Francisco cierra la libreta de golpe. Se concentra en la tele. Mudo. Muda. El olor a marisco y el ajetreo mujeril se adueñan de toda la casa. Una de ellas entra en la sala.

–Hola, Francisco.

–Hola.

Se acuclilla ante la cómoda de cajones, se le desliza la falda hacia arriba y asoma el forro bajo el dobladillo. Una tela negra, brillante, ligera. Francisco la mira y la prefiere. El forro a la falda. El satén al dril. Por qué este empeño en ocultar suavidad bajo reciedumbre. Por el prestigio de la crudeza. La mujer en cuclillas calza además tacones. Sería tan fácil hacerla caer, ayudarla a levantarse luego, adquirir varonil prestigio. Bastaría con tirar de la alfombra. Un poco.

–¡¿El de lino?! –pregunta ella al pasillo.

–¡¡No. El de organdí y un bajo mantel!! –le contestan.

–¡¿El rematado con festones?!

–¡¡Sí!!

La señora extrae los manteles, recompone en el cajón la lisura, lo cierra y se levanta. El forro negro remite bajo la falda, pero la cintura se ha desplazado. Encoje la tripa y recoloca la cremallera detrás. Se contonea. Ni una arruga en la falda. Ni una en los manteles.

–Toma. Estaba en el suelo. –Le tiende a Francisco un lápiz.

–Gracias. Se me acaba de caer.

–El centollo va a estar exquisito. Ya verás.

La mujer congrega los cincos dedos, besa las yemas reunidas y los dedos vuelven a abrirse. Se expanden como una galaxia, brotan como una flor, patean como unas patas. Francisco contiene el

impulso de anotarlo en la libreta. Podrían pillarlo. La libreta debe permanecer cerrada. Su libreta es su corazón. Nadie sabe lo que hay ahí dentro porque nadie la ha abierto salvo un camarero una vez. Se la olvidó en el bar y regresó corriendo a buscarla. Estaban solos. Cerraban. El camarero se echó el trapo al hombro y empezó a leer en alto.

–Bucaque, fluxus, indagación, neodadá, glory hole, marinamarina chúpame la sardina. ¿Está seguro de que es la suya? –le preguntó con desgana, como si todos los días encontrara libretas así.

–Sí –contestó Francisco.

–El próximo día tráete a marinamarina. –Le guiñó un ojo entonces. Trató de establecer complicidad asiéndole por los hombros.

Francisco agarró la libreta, se deshizo del contacto y salió irritado del bar. Ese patán acababa de descubrir su secreto. La excepción que confirmaba la regla. A Francisco no solo se la ponían dura y tímida esa clase de mujeres guapas, jóvenes y con un discurso reflexivo sobre su propia obra, sino también ella: Marina Abramović. Setenta años y aún lloraba altiva a cámara. Conjugaba prepotencia y devastación. La Abramović iba a saber entrar en la muerte como en la vida: vulnerable, valiente, maquillada en exceso.

–¡¿Y las velas?! –preguntan las amigas de su mujer.

–¡¡Cuatro blancas y dos ocres!! ¡¡En el armario!! –les responde ella.

Acorralan ya a Francisco y a él le es difícil concretar su número por los imprevisibles cambios de dirección que ejecutan. Coordinan eficacia, brazos y pebeteros. Desplazan estantes, pliegan alfombras, oscilan y provocan oscilaciones cuando retiran el mobiliario auxiliar que interrumpe la expansión de la mesa. A la mesa le sacan alas. Le han colocado un bajo mantel, el mantel y un sobremantel. Francisco se aparta y ellas le dicen que se aparte tras apartarse. Tácticas particulares de mando. Inteligencia práctica. Ponen flores a los muertos y disecan las flores luego. Paradojas. Controversia.

Bifurcación. Contingencia de frutos secos en la masa de las croquetas. Ellas dominan la materia prima y lo que viene después: lo inerte. Útero y ataúd. A Francisco le vibran los dedos, las ganas de apuntar. Se echa la mano al bolsillo, pero reprime el impulso de exponer la libreta. De exponerse. Los cubiertos de plata sobre la mesa empujan el tiempo como manecillas. La cena se acerca. La performance. El espacio se configura y hay que ascender de una vez al desván para hacerse con el botijo, con las fundas de ganchillo. ¿Le encajarán bien en el pene? Francisco se pone en marcha y en cuanto se pone en marcha:

–¡Cariño, ya que subes, bájame la bandeja. La grande! –le dice su esposa.

Tácticas particulares de mando. Son mujeres de otra época. No como él. Él es la innovación, la renovación. Un provocador que va a espolear al público con su pene. Se lo busca a través del bolsillo y lo acaricia de filo. Hola, amigo. Cómo vas. Arriba. Abajo. Arriba. Abajo. Funciona. La cremallera. Bien. En cuanto al calzado, ¿mocasines o botines? No importa. Los pies asistirán a la acción entre bambalinas y si sustentan algo, habrá de ser la viril templanza. Francisco lo sabe y está dispuesto. No espera aplausos, pero si alguien aplaude, lo hará imbuido por la contemplación del riesgo. Del hombre al borde del precipicio. Precipucio. Francisco se detiene. Se congela en un peldaño. El hombre al borde del precipucio. Acaba de encontrar el título y ya no puede dar marcha atrás. Traicionar la nueva interacción con el mundo que inició hace apenas un año, en una óptica.

Necesitaba gafas de sol. Entró a comprar gafas de sol, pero se empeñaron en revisarle la vista. «Por la edad», le dijeron. «Presbicia», le dijeron. «Tiene la vista cansada, señor», le dijeron. A él, que siempre había tenido una vista de lince, dioptrías de águila, la mejor visión de negocio. Él no estaba cansado. De ningún modo. ¡Pero qué pamplinas! Quienes estaban cansados eran los demás. Los otros. El resto. El planeta entero se había vuelto blanducho, brilli-brilli e incapaz de sostener a señores como él: duros, aguerridos, incólumes, así que los bombardeaban con enfermedades. La semana pasada: próstata. La anterior: colesterol. Esta: presbicia. ¿Qué le tendrían reservado para la que viene? ¿Un grano en la nariz?

Cualquier cosa valía con tal de humillarlos. En un acto de poderío, agarró el puñado entero de gafas de sol sobre el mostrador (siete), las pagó y salió de la óptica sin revisión ni milongas. Él no era un carcamal ni un cegato. Él atisbaba el horizonte como un lince y la cercanía como un microbio. Ahí mismo, ahí delante, un chaval con un pastor alemán, una acacia, un boj, un buzón de correos, el escaparate de una panadería con bollos, el escaparate de una librería con un volumen abierto donde diez baturros de frente cantan con los penes al aire. Erectos. Firmes. Cabeza tocada, camisa blanca, chaleco, faja, alpargatas, calzones y el miembro por fuera. Francisco buscó una explicación. Quiso leer el pie de foto, pegó la frente al cristal se cambió de gafas de sol siete veces, pero tuvo que entrar en la tienda. Los cantantes no eran baturros aunque tampoco andaban muy lejos: «En 2005, Marina Abramović, artista serbia, presentó su obra "Balkan Erotic Epic" donde estudia tradiciones populares balcánicas en las que se usan los órganos sexuales. Contiene una grabación de vídeo que muestra hombres con erecciones y en traje regional entonando canciones populares». Había vídeo. Bien. No compró el libro sino una libreta. Y apuntó el nombre de la autora. Su primera anotación:

▪

Marina Abramović

El desván está en penumbra y la escueta luz del ventanuco acaricia los objetos. Obliga a que él los complete. Localiza al fin el baúl y le recuerda a un animal en reposo con el lomo combado, cubierto por una sábana. Se la quita, lo abre y saca la bandeja que le ha pedido su esposa. Es de alpaca, de plata, de platino, de plátano. Bodas de plátano. Buen título, pero no mejor que el que ya tiene. Junto al cofre, ovillado como otro animal más discreto, el anhelado botijo. Bestias caducas los dos y quizá solo amigos por eso. Por el ansia de volver al mundo. Herraje de calidad, barro firme, resistencia a los golpes: siempre estarán listos. Las dos fundas del botijo, a franjas amarillo, carmesí y turquesa, parecen dos flores salvajes en mitad del decramado desván. Francisco se inclina, escoge la mayor, la de la boca en vez del pitorro, la desanuda y examina con los dedos la elasticidad del tejido. Perfecto. Ni se la prueba. El tiempo apremia. Suena un carillón. Hay que volver a bajar y cuando Francisco va a coger la bandeja algo ha pasado. Los astros. La luz que entra ahora se condensa en un haz descendente que la bandeja recoge de lleno. No es una luz etérea sino una ráfaga blanca y lechosa donde el polvo trepida. Una luz que se podría acariciar. Francisco mira hacia arriba, busca a la paloma de turno y sabe que su esposa haría lo mismo porque ella, igual que él hasta hace un año, detesta el arte contemporáneo, pero adora las pinturas renacentistas de la Anunciación donde un rayo de sol fecunda a la Virgen. La Virgen lleva un manto ultramar y su esposa tiene un albornoz de ese azul o casi. Francisco no es el rey sol, pero fecundó a su esposa tres veces. Tres hijos. Ya mayores. Lejanos. Francisco toma la bandeja por las asas y la levanta con cuidado, como si pudiera transportar la columna luminosa en ella. Como si pesara. Baja los escalones, alcanza el rellano, esquiva a las señoras, supera el pasillo y entra en la cocina donde su esposa friega los cacharros más grandes para ahorrarse faena después.

–Toma. –Le entrega la bandeja.

Y ella ahoga la carencia de sol en el agua turbia del fregadero.

A Francisco le costó aceptar el vértigo. El vórtice. La absorción violenta que esa clase de mujeres ejercía sobre él. Marina Abramović, Carolee Schneemann, Eleanor Antin, Regina Galindo.

Sin orden. Sin fin. Sin descanso. Le hablaban cuerpo a cuerpo y lo señalaban. Ahora tú, Francisco. Ahora tú. Siempre había vídeos de ellas cuando eran jóvenes y de marinamarina a cualquier edad. Él las apuntaba en la libreta. Él trató de regresar al porno más de una vez, pero no hubo manera. Había dejado de funcionar. Acudió a un psicólogo.

–Seré directo –le dijo al especialista–. Las mujeres guapas, serias y con un discurso reflexivo sobre la concepción de su propia obra me la ponen dura y tímida.

–Tímida en vez de arrogante.

–Exacto.

El psicólogo golpeó la mesa con los puños, cogió el abrigo, salieron de copas y no volvió a decir nada hasta el cuarto güisqui.

–¡Hay que joderse! –dijo.

No falta nadie. La mesa ha quedado perfecta y los recién llegados hacen juego con la ambientación, con sus esposas, con la comida. Uno de ellos detecta el marco de la puerta levemente ahuecado y lo aprieta.

–Si no lo remachas, la humedad hará de las suyas –advierte a Francisco.

Y señala la ventana, el cielo que se comienza a nublar. Francisco asiente. Aprieta los labios. Parece que le da la razón, pero no. Él ya no es aquel. Él ya ha elegido el porvenir al prevenir. La tormenta. Un esposo lleva la camisa mal abrochada y su mujer se la arregla. Los invitados se acoplan y se desacoplan, les compele la complicidad, pululan plenos: puro happening. Francisco memoriza cada chispazo para anotarlo en la libreta después. No ahora porque ahora es el momento de la cortesía, de crear un espacio acogedor donde su acción impactará el doble. Distribuye a los invitados, les da la mano, hace bromas, les guarda los abrigos. Acaban de encender las velas y la intimidad del fuego genera un aleteo grupal. Cloquean, vibran. El mantel arrastra por cuestiones de glamur y la gente se embarulla al encajar las sillas. No volverán a ponerlo así.

Huele a consomé, a centollo, a perfume de domingo y croquetas. Cuando todo el mundo se sienta, la mujer de Francisco se levanta y golpea su copa con la cucharilla.

–Siempre quise hacer esto. Pero ahora no sé qué decir.

Ríen.

¿No es maravilloso? Sin darse cuenta, la esposa de Francisco dispone el ambiente a la catarsis. Genera una complicidad que será rota en breve. Es tan sencilla la vida. Tan previsible. Ella ríe, la gente ríe. Francisco se levanta y la releva como anfitrión. Ahora es él quien golpea su copa con la cucharilla.

–Yo también llevo un año queriendo hacer esto –dice.

Reasienta copa y cuchara en la mesa, vuelve a levantar la vista, examina a los congregados con lentitud y de un solo gesto, sin apartar la mirada del grupo, se baja la bragueta. Rasguido metálico.

Respingo del público.

Desconcierto.

Las nubes se arremolinan en el exterior y los humanos dentro. Mentones embalsamados, manos amaestradas, peinados fidelísimos a modas extintas. La mujer de Francisco (sentada) gira la cabeza hacia él (en pie) y se da de bruces con la bragueta abierta. Ahora querrá salir el dragón. A luchar contra las gambas, contra el consomé, contra el corderito al horno, contra el cristal de Bohemia, contra las servilletas de hilo tan finamente bordadas. De ninguna manera. La esposa vuelve la vista al frente.

–Cariño, súbetela –dice.

Los invitados no dicen nada. Los invitados callan devotos. Con fascinación. Con pudor y esperanza. Siempre se espera algo más. Siempre. Y Francisco va a dárselo.

–¡El hombre al borde del precipucio! –pronuncia.

Se mete una mano en la bragueta y en ese instante, a la

velocidad de las manos que cosen, su mujer se gira e intenta subirle la cremallera.

–¿Qué haces?

–¿Qué haces tú?

El duelo es soberbio. Espectacular. Las miradas espesan el aire y más cosas.

–¡Suelta!

–¡Déjalo!

–¿Pero de dónde te sacas esto?

–¡Lo que quiero es que salga!

El pene de Francisco salta a la luz.

Estalla un trueno.

¿Alguien experimentó alguna vez un poder semejante? Benditos sean la casualidad y los fenómenos naturales. Benditas la electricidad y el rayo. Se quebró el dique entre el cielo y el suelo, entre interior y exterior, entre comestible y tóxico. Las velas titilan. El pene titila. Las preguntas. La gente quiere entender.

–¿Preci-qué?

–Precipicio. Ha dicho precipicio.

–No. No ha dicho eso.

–¿Entonces qué? ¿Qué ha dicho?

Nadie pregunta al artista porque nadie pregunta al capitán general ni a los suricatos por qué se ponen de pie. Francisco no es serbio, Francisco no es maño, pero Francisco es un artista y permanece alzado, firme.

–Mi marido ha dicho precipucio y ya está. Que se enfría el centollo –aclara la esposa.

Se levanta, trae el crustáceo, y al colocarlo justo ahí debajo, acaece una conmoción. El caparazón invertido contiene el jugo del bicho y sobre él, el pene de Francisco se estremece como si fuera otra glándula, la última parte viva del animal tras arrancarle la boca, las antenas, las agallas. Las patas de alrededor emulan la forma original del centollo. Ha llegado el momento. Va por ti, Marina. Va por todas. Francisco se extrae del bolsillo el cubre boquillas multicolor, lo ahueca y se lo acopla en la punta.

–Para que no caiga nada –dice.

–Muchas gracias, Francisco –contesta su esposa.

Aplausos. Alivio. Desahogo. Laxitud. A comer.

La vida extraordinaria en común continúa.

Agradecimientos

A Ismael, que sabe cuándo no hacerme caso.

A mis hijos, que me hacen caso siempre.

A la Peñas, que consagra.

A la Cuevas, que ve y anuncia.

A la Fortún, que hace fácil lo difícil.

A quienes tiran a la basura las cosas que yo recojo.